

CAPÍTULO 4

EL NORTE DE SIRIA EN LOS PERIODOS ROMANO Y BIZANTINO. CONTEXTO HISTÓRICO

En esencia, la presente investigación se ha fundamentado en una prospección extensiva que tiene por objeto el acercamiento a las características del poblamiento en época romana y bizantina, en especial para los siglos IV-VII, debido a su relación con el desarrollo espectacular del monacato cristiano en la región en particular y en todo Oriente en general. Sin embargo será de ayuda, al menos así se cree, el efectuar una breve síntesis sobre los conocimientos históricos generales que existen para esta área. Para conseguir tal contexto no sólo se hacen uso de las más recientes monografías sobre historia romana en Oriente, sino que se reutilizan publicaciones ya clásicas¹¹⁸. Como ya se ha citado en alguna otra ocasión esta introducción histórica pretende ser un marco en el cual englobar el cúmulo de datos y estructuras que vamos a presentar después.

Para una introducción al estado de la cuestión de la romanización en la zona es necesario acercarse a los acontecimientos que van marcando la historia general de la misma. Así, brevemente, se va a ir haciendo un recorrido ágil sobre los datos históricos básicos y las sucesivas fases y funciones a las que se vio sometida la región. Tras una breve introducción por los antecedentes helenísticos, se repasa la evolución administrativa y política de Siria tras su entrada en la órbita romana. Por su carácter ribereño, toda la zona se ve estrechamente ligada a los avatares sufridos por el Éufrates, ya sea como línea fronteriza entre el Imperio Romano y sus enemigos de Irán, o como un permanente flujo comercial entre Oriente y Occidente. Finalmente se presentan de manera sintética las vías de comunicación que cruzan este sector en época romana, situando una red general en la que poder incluir las modificaciones y añadidos que vengan después. No es nuestra intención el profundizar, al menos de momento, en cada uno de estos apartados, por lo que simplemente se echa un vistazo a una serie de datos que, más o menos, se dan por aceptados

118 Entre las primeras, las recientes, son fundamentales los libros de F. MILLAR (1993), M. SARTRE (1994), W. BALL (2001). Entre los segundos V. CHAPOT (1907), R. DUSSAUD (1927), A. POIDEBARD (1934) y R. MOUTERDE (1945), entre otros.

entre los investigadores modernos. No es cuestión de diseccionar cada uno de estos temas, tarea imposible de realizar aquí. El interés principal es contextualizar una zona del Imperio Romano, relativamente mal conocida para la historiografía occidental, planteando una serie de problemas y cuestiones axiales básicas para la comprensión final.

1. LOS PRECEDENTES SELEÚCIDAS

La victoria de Issos el 333 abrió Siria a Alejandro Magno y con él, la cultura griega, el helenismo, desembarcaba sin oposición y a cara descubierta en el Mediterráneo Oriental. Aparte de la posible organización administrativa y militar que pudiera concebir Alejandro para Siria, lo que más interesa saber con relación al conocimiento de la región ribereña del Éufrates es que salvó el río en Thapsaco el 331¹¹⁹. A los pies del Antitauro y atravesando la Ýazīra cruzó el Tigris en la región de ʿAyn Dīwār, abandonando Siria para no volverla a ver¹²⁰.

Una vez desaparecido Alejandro, y tras unos años de conflictos, alianzas y traiciones entre sus sucesores (diádocos), por medio de la batalla de Ipsos el 301 a. C., los vencedores Casandro, Lisímaco y Seleuco se repartieron el territorio de sus rivales Antígono y Demetrio. Al tercero le tocó en el reparto las regiones de Mesopotamia y Siria, aunque quedo disconforme ya que arrebató después a Ptolomeo las regiones de Fenicia y Palestina. Con este hecho se obtiene un momento histórico en Siria en el cual impera el reino denominado Seleúcida en honor a su fundador, el monarca Seleuco I Nicátor (305-280 a. C.), que iba a dar nombre a la serie de monarcas de mayor o menor peso que iban a venir después. La victoria de Ipsos le proporcionó una parte de Asia Menor y asentó definitivamente su dominio sobre Siria. Instaló su capital en Antioquía y, hacia el 293, asoció al trono a su hijo Antíoco I Soter (280-261 a. C.). De todos estos territorios que iniciaron los primeros años de la dinastía, sólo Siria permaneció como parte integrante del reino hasta la llegada a escena de Roma.

En cuanto a la urbanización macedónica y helenística cabe recordar que cuando Alejandro Magno conquistó Siria, tras Issos, sólo había cinco enclaves urbanos definidos: Myriandros en la costa, Thapsaco en el Éufrates, Arados, Marathos y quizás Bambyke¹²¹. Esta última debió ser ocupada en el avance de Alejandro aunque con la llegada de Seleuco I al poder se le cambiara el nombre por el de Hierapolis, la «Ciudad Sagrada». Este cambio de denominación se debe sin duda a la llegada de contingentes griegos a la ciudad que comenzaron una convivencia pacífica junto a los sirios, asumiendo el carácter religioso imperante en la ciudad mucho antes de la llegada macedónica. Aún más, el patronazgo profundo que la esposa del rey, Estratónice, hizo sobre el templo sugiere que la ciudad fue tratada con bastante mimo por el gobierno seleúcida. De este modo, parece que funcionó como una especie de «estado sagrado», si bien paulatinamente fue constituyéndose como una *polis* más¹²².

Con los seleúcidas, y siempre ciñéndonos al ámbito geográfico sirio, toman relieve una serie de centros urbanos principales como iban a ser: Antioquía, Seleucia, Apamea y Laodicea.

119 Sobre la localización e identificación de esta población ya se han expuesto las diversas teorías, las más numerosas, que lo sitúan en el codo que describe el río en las cercanías de Raqqa, y autores más recientes que creen que el paso se produjo por la posterior Zeugma, al Sur de Turquía.

120 SARTRE, M., *op. cit.*, 1989, p. 32.

121 GRAINGER, J. D., *The Cities of Seleukid Syria*, Oxford, 1990, p. 24.

122 BUTCHER, K., *Roman Syria and the Near East*, Londres, 2003, p. 352.

Tras éstos, existieron una serie de núcleos, que por así decirlo, podríamos llamar secundarios, como fueron: Cyrhus, Chalcis, Beroea, Arados, la ya citada Hierapolis y Doura Europos, en el Éufrates. Otras numerosas ciudades, ya sean fundaciones *ex novo* o refundaciones, aparecen en el mapa sirio entre el año 300 y el 259, como testigos de una importante emigración griega hacia Siria. Para el investigador francés M. Sartre la fundación de una treintena de ciudades debió implicar la llegada de al menos cuarenta o cincuenta mil colonos¹²³. Sin embargo, a partir de la mitad del siglo III las fundaciones prácticamente se paralizan.

La arqueología aún es parca en descubrimientos de esta época y se trata de un periodo tan desconocido como poco estudiado para toda Siria. La ciudad excavada por la misión australiana en Yabal Jālid, al sur de nuestra zona de prospección, está aportando una valiosísima información para aclarar un sinnúmero de interrogantes¹²⁴.

Los sucesores de Seleuco I fueron perdiendo autoridad y no supieron hacer frente a los problemas económicos y amenazas, ya fueran externas o internas. Sólo Antíoco III el Grande (223-187 a. C.) supo contener la desmembración del Imperio, acabando con las revueltas de sus sátrapas de Persia y Susiana. Éste restableció el poder seleúcida en Fenicia, Palestina, llegando incluso hasta Tracia. Hacia el 198, en la cima de su poder, topó de lleno con un nuevo enemigo, Roma, que venía moralmente fortalecida tras la victoria final de Zama frente a Aníbal. Fue vencido por ellos en Termópilas (192), Magnesia (190) y definitivamente el 188 obligado a firmar la paz, perdiendo por ello Asia Menor. Por el frente oriental los partos desde el 140 se habían apoderado de la Mesopotamia Seleúcida, haciendo de la Siria oriental (Yāzira y valle del Éufrates) la nueva frontera¹²⁵.

Resumiendo, la Siria helenística desde la mitad del siglo II a. C. y la llegada de Pompeyo se caracteriza por una disolución de la autoridad central bajo el efecto combinado de tres fenómenos: la crisis de la propia dinastía, el ascenso de los movimientos locales y el crecimiento de las presiones externas¹²⁶. De este modo, a comienzos del siglo I a. C., Siria vive en plena anarquía, dividida por luchas fratricidas, claro síntoma de la descomposición de los seleúcidas. Mientras que desde Arabia a Amanus los árabes imponían su ley, los itureanos hacían lo mismo en las montañas de Fenicia y Siria del sur¹²⁷ y los emesanos sobre el medio Orontes¹²⁸. Esta situación va a propiciar y adelantar la entrada de Roma a la escena siria, de la mano de Pompeyo Magno. Con la *Lex Manilia* (67 a. C.) en la mano, accede a Oriente con plenos poderes, y ante la incapacidad y caos de los últimos descendientes de Seleuco I, decide anexionar el reino y hacerlo provincia romana el 64 a. C.

123 SARTRE, M., *op. cit.*, 1989, p. 35.

124 CONNOR, P. J., "Jebel Khalid. A hellenistic settlement in North Syria", *Images of the ancient world*, Melbourne, 1988, 105-110. CLARKE, G., "Greek graffiti from North Syria", *MedA*, 1992-1993, 117-120. CLARKE, G. W., «Jebel Khalid on the Euphrates. The acropolis building», *MedA*, 1994, 69-75.

125 SARTRE, M., *op. cit.*, 1989, p. 42.

126 ALIQUOT, J., «Les Ituréens et la présence arabe au Liban du IIe siècle a.C. au IVe siècle p.C.», *MSJ*, 56, 199-2003, p. 161.

127 La emancipación de las ciudades fenicias conlleva la formación de un principado itureano que pervivirá hasta los últimos años del siglo I a. C.

128 REY-COQUAIS, J.-P., «Syrie romaine, de Pompée à Dioclétien», *JRS*, 67, 1978, p. 44.

2. EVOLUCIÓN DE LA PROVINCIA SIRIA DURANTE ÉPOCA ROMANA

El proceso político y administrativo al que se vio sometido el Próximo Oriente desde su entrada en la órbita romana es lento y complejo. La dominación de Oriente se había fijado mediante un proceso de conquista y anexión que se extendió entre los siglos II-I a. C. Ya a partir de la Segunda Guerra Púnica, Roma se vio involucrada en algunos negocios y asuntos del Mediterráneo griego, pero serán los acontecimientos acaecidos desde la mitad del siglo II a. C. y los inicios del siglo I a. C. los que aceleren el proceso. Definitivamente se suele marcar la victoria de Pompeyo sobre Mitridates como la que define los límites exteriores de la presencia o influencia romana.

De todos modos, sería aventurado querer englobar, de una sola vez todo este proceso que se origina el 64 a. C. y que culmina el 395 con la división del Imperio en dos. Por esa razón se han marcado una serie de fases que giran en torno a la formación de la provincia romana de Siria, a su estabilización como parte integrante y básica del Imperio y los últimos momentos que rayan la transición al mundo bizantino. Estos pasos se pueden sostener a grandes rasgos pero son discutibles en sus matices.

2.1. Siglo I a. C.-I d. C.

Con la entrada de Pompeyo el Grande en el 64 a. C., queda establecida la así denominada Provincia Siria, con Antioquía como capital. Los intereses de Roma con esta anexión fueron variados y sin duda interconectados: por un lado, la provincia romana de Cilicia era vecina de Siria, los romanos estaban en guerra contra Tigranes, rey de Armenia, y dueño de la mayor parte de Siria, los financieros romanos tenían en Siria intereses comerciales y, finalmente, la lucha contra la piratería cuyo foco era el Mediterráneo Oriental y que obligaba a Roma a controlar las costas sirias¹²⁹.

2.1.1. El plan territorial pompeyano

Desde un primer momento Pompeyo prefirió una dominación indirecta, más diversificada, menos pesada y ofensiva, que en el fondo se demostró más eficaz¹³⁰. Con este método de actuación la conversión en provincia no significó que todo el territorio fuera administrado directamente desde Roma, al contrario, muchas ciudades y príncipes mantuvieron sus autonomías. Sin embargo, este cómodo sistema de control sufrió un fuerte revés con la vergonzosa derrota de Craso en Carrhae (actual Hārrān) el 53 a. C. Tras esta triste fecha¹³¹, Roma procuró mediante anexiones sucesivas hacer coincidir el territorio imperial con la zona de dominación romana, abandonando el sistema de pactos pompeyanos.

129 REY-COQUAIS, J.-P., «La Syrie, de Pompée à Dioclétien: histoire politique et administrative», *Archéologie et histoire de la Syrie*, II, *La Syrie de l'époque achéménide à l'avènement de l'Islam*, DENTZER, J.-M., ORTHMANN, W. (Eds.), Saarbrücken, 1989, p. 45.

130 FRÉZOULS, E., «Les fluctuations de la frontière orientale de l'Empire romain», *La Géographie administrative et politique d'Alexandre à Mahomet* (Actes du Colloque de Strasbourg), Strasbourg, 1979, p. 184.

131 Recordamos al lector que además de la muerte de Craso y una buena parte de sus tropas, las insignias legionarias cayeron en manos del enemigo con el deshonor y vergüenza que eso conllevaba.

Sin embargo, desde el 37 a. C., Marco Antonio había reorganizado la totalidad del Oriente romano, ya que su autoridad se ejercía no sólo sobre las pocas provincias romanas (Macedonia, Asia, Bitinia y Siria) sino también sobre una multitud de príncipes clientes, que marcaban una configuración política muy especial. Casi todos ellos, Oriente en general, estuvieron del lado de Antonio frente a Augusto. De todos modos, la victoria de Octaviano sobre aquél en Actium (31 a. C.) le abrió de par en par las puertas de Oriente.

2.1.2. *Augusto*

Tras las crisis y periodos de desorden acontecidos tras la invasión parta del 52 a. C., las posteriores guerras civiles entre Pompeyo y César (49-44 a. C.), los enfrentamientos entre Casio y Marco Antonio tras el asesinato de Julio César, y por último, la segunda guerra civil entre Marco Antonio y Augusto (44-30 a. C.), Siria entra con éste último en un imperio pacificado y unificado. Con el objetivo claro de controlar Siria de una vez por todas, Augusto estableció cuatro legiones en la provincia. Por medio de este despliegue no sólo vigilaba de cerca la cuestión parta, sino que mantenía en orden toda una serie de pequeños reinos independientes (como el de Judea), unos minúsculos principados-clientes (Arados, Amanus, Emesa o la conflictiva Iturea) y una infinidad de tetrarquías sirias, así como las diversas ciudades que conformaban la Decapolis (Abila, Damasco, Canatha, etc.)¹³², que en general pasarían a control directo romano. Toda esta variedad de regímenes políticos es sin duda herencia de la diversidad helenística, fragmentación que obligó a Roma a una seria y paulatina política de anexiones ya fueran por la vía diplomática o por la militar. A la par del control se procede a un proceso de «romanización», general a todo el Imperio, por medio de la monumentalización de las ciudades más importantes: Damasco, Apamea, Palmira, Laodicea, Canatha o Bostra¹³³. El objetivo final era el afirmar la presencia romana por medio de un gran despliegue de medios militares y administrativos¹³⁴.

La provincia de Siria, engrandecida con Cilicia Llana, en sí sólo ocupaba en ese momento el norte y el centro de la Siria antigua, comprendía una serie de regiones muy urbanizadas y especialmente helenizadas, dentro de la cual, subsistían numerosos principados clientes. Para este momento, se podría hablar, como lo hace Sartre, de una Siria de ciudades, gobernada desde Antioquía¹³⁵ y que gozaba de una posición estratégica fundamental en la costa mediterránea. Augusto, por lo que pudiera pasar, conservó siempre el mando para sí mismo y nombró a un legado de rango consular que actuaría en su nombre.

Ante este mosaico de ciudades, de principados y de territorios con variopintos estatutos, Roma emprendió una paciente tarea de unificación e integración con los intereses imperiales¹³⁶. Dentro de esta política de anexión o amistad que Augusto empleó con los distintos principados

132 Con el nombre de Decapolis se conoce a una confederación de ciudades, bajo control indirecto romano entre el siglo I a. C. y el siglo I d. C. Cubrían las actuales zonas fronterizas entre Jordania, Israel y Siria, desde Amman a Damasco. Aunque originariamente fueron diez el número creció hasta doce o quince. Las principales fueron Philadelphia (Amman), Gerasa (Jerash), Pella (Tabaqat Fahl en el valle del Jordán), Capitolias, Gadara, Abila, y Raphana.

133 El efecto pretendido, aunque a otra escala y en diferente ámbito, es el mismo que Augusto llevó a cabo en las principales ciudades hispanas tras Actium, ya fuera directamente o por medio de sus distintos herederos e hijos adoptivos.

134 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1989, p. 49.

135 SARTRE, M., *op. cit.*, 1994, p. 21.

136 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 48.

clientes, cabría mencionar por lo que respecta directamente a la región de prospección, el caso de Commagene, reino de tipo helenístico con una dinastía irania al mando, en la cual quiso confirmar a Mitrídates II como rey. También cabe citar el caso del reino de Amanus, en los límites de Siria, Cilicia y Commagene, en el que el heredero al trono Filopátor I vio su reino confiscado e integrado en el de Cilicia.

Por su parte, la Siria del noroeste se muestra por Plinio como un conjunto de tetrarquías, ciudades autónomas y reinos independientes¹³⁷ de difícil catalogación. Por lo que respecta a la Siria central, en ese momento existía un principado árabe que ocupaba la meseta del Laja (Tracóntida, al sur de Damasco) y una parte del Antilíbano y de la Beqaa. Estaba principalmente formado por los itureanos de Zenodoro de Chalcis¹³⁸, a quien Augusto le quita su capital, Chalcis del Líbano, pero le cede Abila, al oeste de Damasco, y le deja la Tracóntida (hasta el 27 a. C.).

Otro principado árabe existía desde hacía tiempo en torno a Emesa y Aretusa. La víspera de Actium, hacia el 30 a. C., Antonio había hecho ejecutar al emir Jámblico por temor a una traición. Octavio decide destituir a su hermano y sucesor, Alejandro, e incorporar dicho principado a la provincia de Siria. Al igual que con el reino de Amanus, a partir del 20 a. C., devolvió el poder a la dinastía en la figura de Jámblico, hijo del mismo al que Antonio había ejecutado, concediéndole además la ciudadanía romana.

La preeminencia adquirida por Roma en las relaciones con los partos hizo a Augusto volver su atención a Armenia. En este momento era una tierra bajo influencia parta ya que el control de este territorio garantizaba la seguridad arsácida por su frontera norte. Roma aprovechó las disputas internas partas para subordinar Armenia. Augusto, siguiendo con las bases de toda su política exterior oriental, no quería convertirla de inmediato en una provincia romana sino fortalecer la influencia de Roma en este territorio con la ayuda de un gobernante elevado al trono por la misma Roma¹³⁹. De este modo, el reino serviría perfectamente como colchón ante los enemigos del Este.

2.1.3. Época Julio-Claudia

Durante el reinado de Tiberio murieron Antíoco III de Commagene y Filopátor de Amanus. A petición de estos dos reinos el emperador decidió anexionarlos, uniéndolos a la provincia de Siria, cuyo valor estratégico se revaloriza, ya que a partir de ahora se iba a convertir en la guardiana del *limes* oriental. Más tarde, Calígula, por su parte, restituye el reino de Commagene a Antíoco IV. Tras él, Claudio I en el 41 dona Chalcis del Líbano al príncipe Herodes, nieto de Herodes el Grande. Tras la muerte del rey Sohemo, príncipe de Iturea, y del rey Agripa I (año 44), que había heredado las posesiones del tetrarca Filipo, sus territorios fueron añadidos

137 Plin., *NH* V, XIX (81). Entre todas estas tetrarquías Plinio menciona: «...las dos tetrarquías llamadas *Granucomatitae*; los *emesenios*, los *Hylatae*, la tribu de los *Itureanos* y una rama de ellos llamada los *Baethaemi*; los *Mariamnitani*; la tetrarquía llamada *Mammisea*; *Paradise*, *Pagrae*, *Penelenitae*...»

138 Zenodoro era uno de los soberanos de las regiones en que se había dividido el antiguo reino de Chalcidia (o de Chalcis de Ptolomeo) y Lisánias. Dion Casio (LIV, 9, 3) le llama tetrarca y le asigna el territorio de Ulata y Panias, así como la zona circundante, por el norte y noroeste, con el lago de Gennesar. Con ese nombre de «reino de Lisánias» se engloba tanto a la Iturea como a Chalcidia, dependiendo de las épocas.

139 DABROWA, E., «The frontier in Syria in the First Century AD», *The Defence of the Roman and Byzantine East* (Proceedings of a colloquium held at the University of Sheffield in April 1986), 1986, p. 96.

a la provincia¹⁴⁰. A partir del año 50 se concedió a Agripa II, hijo de aquél, el principado de Herodes de Chalcis¹⁴¹, como primer núcleo de un nuevo principado herodiano en el sur de Siria que sucesivamente fue engrandecido con varios sectores del Hawrān¹⁴². También bajo Claudio I, Antíoco IV de Commagene recupera su reino. El interés de este emperador por las ciudades orientales se ilustra claramente con sus fundaciones en Apamea, Balanea (al sur de Laodicea, actual Baniyas) y Ptolemais.

El último de la dinastía, Nerón, fue el encargado indirecto del primer plan de fortificación del Éufrates. Aunque más adelante se volverá sobre sus características y desarrollo, el general romano encargado de defender la provincia de los partos, Corbulón, planificó la base de lo que sería el futuro *limes* oriental.

2.1.4. *Época Flavia*

Con Vespasiano, ya para el 69 d. C., se produce una subdivisión en dos provincias. Por un lado, Siria, con Antioquía como capital, y Judea con Cesarea, ésta última como provincia imperial pretoriana con una legión permanente (*X Fretensis*). Paralelamente, los estados clientes que, bajo los julio-claudios habían más o menos subsistido, se vieron poco a poco anexionados y asimilados a la organización provincial romana.

En el 72, el gobernador de Siria, L. Junio Cesenio Peto acusó a Antíoco IV de Commagene de conspirar a favor de los partos. Automáticamente su reino se vio invadido y anexionado definitivamente. Posteriormente, pero antes del 78, el principado de Emesa se integró también en la provincia de Siria. Además, en el 72-73, Cilicia se separó de Siria y se unió con Cilicia Traquea en una nueva provincia. En el año 92-93 desaparece el último principado herodiano, ya que a la muerte de Agripa II sus estados en el sur de Siria se situaron bajo la autoridad del gobernador de Siria. A la muerte de Domiciano, tras toda esta política de anexiones y reorganización provincial, sólo subsistía un estado cliente a este lado del Éufrates, el de los nabateos. Era el fin de los pequeños principados, y los que quedaban no suponían ningún impedimento político ni territorial para Roma.

En general, el siglo I se caracteriza por un abandono paulatino del sistema pompeyano a excepción de casos aislados como algunas restituciones y gobiernos pactados bajo Calígula, Nerón y Vespasiano¹⁴³. El, a veces lento y estudiado, desarrollo de implantación romana, aparece como una política prudente de romanización progresiva. La prueba de que esta política fue eficaz la encontramos en la lealtad que principados y ciudades tuvieron hacia Roma, especialmente en la primera guerra judía. Más tarde, Siria aporta todo su apoyo a Vespasiano en la toma del Imperio, y de manera recíproca, los Flavios pagaron su deuda conduciendo a la provincia hacia lo que fue una auténtica edad dorada¹⁴⁴.

140 Tac., *Ann.*, XII, 23, 1. REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 49.

141 I., *BI*, II, 223.

142 I., *BI*, II, 247.

143 FRÉZOULS, E., *op. cit.*, 1979 (*Les Fluctuations*), p. 191.

144 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 53.

2.2. Siglo II

En época de Trajano (98-117), concretamente en el 106, tras la anexión del último reino independiente, el nabateo, se produce la creación de la provincia de Arabia, trasladando a Bostra la capital, dándose también el traslado de la capital de Judea a Aelia Capitolina. Para esta época apenas quedan estados clientes en Oriente, entre ellos el de Edesa. Será también con Trajano cuando se cruce la frontera del Éufrates para anexionar nuevos territorios, dando comienzo así a la guerra pártica. Se produjo con él la anexión de Armenia (114) y la creación de las provincias *Armenia Maior et Minor et Cappadocia* a las que asignó un legado consular. En el 115, en medio de una de las campañas párticas, creó la nueva provincia de Mesopotamia que se extendía entre el Tigris y el Éufrates, en lo que hoy se correspondería con la Alta Mesopotamia, la *Yazira* actual. Completaba el elenco de nuevas provincias, la creación de *Asiria*.

Aunque se produce levemente una provincialización de los territorios situados más allá del Éufrates, la política ofensiva de Trajano y toda su construcción territorial se vio reducida por culpa de la revuelta judía.

Por su parte, nada más llegar al poder Adriano *abandonó todas las regiones que poseía Roma más allá del Tigris y del Éufrates*¹⁴⁵. En general, su gobierno es considerado como una fase de repliegue, mientras que al frente de Armenia situaba a un príncipe arsácida, favorable a los partos. En cuanto a la política interior, Adriano se mostró preocupado por la libertad de las ciudades: Laodicea, Rhosos, Tripolis, Tiro, Seleucia, pasan a ser denominadas oficialmente «ciudades autónomas». Palmira, por su parte, y dentro de esta corriente liberalizadora fue declarada «ciudad libre»¹⁴⁶.

Con Lucio Vero se reanuda el *Bellum Parthicum* en el 162 y con Marco Aurelio se tuvo que sufrir la invasión de Armenia por parte de Vologeses III y la consecuente ocupación de la región de Osrhoene, penetrando incluso en Siria y obligando a la huida del gobernador. Aunque finalmente se lograron rechazar los ataques, las provincias de más allá del Éufrates, sólo contaron con un control romano relativo, más basado en la teoría de los protectorados que en la ocupación total.

Tras la victoria de Septimio Severo sobre Clodio Albino en Occidente y Pescenio Nigro en Siria¹⁴⁷, se va a efectuar en el año 194 una sistematización mucho mayor del territorio sirio procurando especialmente una partición de las cuatro legiones hasta entonces existentes en la zona. A partir de ahora y casi durante un siglo se mantuvo el esquema provincial de Severo: Siria fue dividida en dos, por un lado, la Coele-Siria al norte y con capital en Laodicea del Mar y Antioquía (provincia consular con dos legiones, la *IV Scythica* y la *XVI Flavia Firma*), y la Siria Fenicia con Tiro al sur (confiada a un pretor y a la legión *III Gallica*). Separó de Siria las regiones del sur (la Tracóntida y la Auraníntida) para unir las con Arabia que permanecía con Bostra como capital, disminuyendo así la importancia de la antigua provincia Siria. Por su parte, se crea la provincia de Siria-Palestina con Aelia Capitolina y la nueva provincia de Mesopotamia, gobernada por un prefecto de rango ecuestre, con Nisibe como centro de mayor envergadura y con estatuto colonial. Con otra de sus adquisiciones, Osrhoene, también conformó una nueva provincia. Se llega así, con los Severos, a un nuevo culmen en extensión del Imperio

145 SHA, *Hadrianus*, 5, 3.

146 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 53.

147 SHA, *Septimius Seuerus*, 9-11.

más allá del Éufrates, ocupando de manera prolongada los enclaves de Doura Europos y de la Alta Mesopotamia (provincias de Osrhoene y Mesopotamia).

Con este breve repaso a los pasos más significativos del siglo II se comprueba como la política oriental romana había sufrido un cambio profundo respecto a la filosofía de finales de siglo I a. C. y prácticamente todo el siglo I d. C. Con Trajano y Septimio Severo, y algo con Marco Aurelio y Vero, se adquirieron unas pautas expansionistas tremendamente claras. Como principal consecuencia de este periodo, hay que tener en cuenta la inclusión en la política romana posterior de una serie de provincias o protectorados mesopotámicos, con toda la problemática inherente que conllevaron y, sobre todo, el avance de la línea defensiva hacia el este y la consecuente tranquilidad que se extiende entre las poblaciones otrora fronterizas.

2.3. Siglo III

La obra de Septimio Severo, logró sobrevivir durante un tiempo, hasta que el resurgimiento del problema persa, de mano de los sasánidas, y sus ofensivas sobre terreno romano llevaron a la región a un estado de caos y anarquía común a todo el Imperio. Tras la tempestad, se hizo necesaria una «calma». Con este fin, la sistematización provincial y administrativa que Diocleciano planificó para todos los territorios imperiales llega a Oriente en torno al 295, momento en el cual la administración romana en la zona queda de la siguiente manera. Ocho provincias con sus ocho capitales: Arabia con Petra, Augusta del Líbano con Bostra, Siria-Palestina con Cesarea, Fenicia con Tiro, Coele-Siria con Antioquía, Augusta del Éufrates con Cyrrhus, Osrhoene con Edesa y Mesopotamia con Nisibe.

Sin embargo, uno de los acontecimientos que iban a marcar el devenir posterior de la provincia fue la toma del poder en Partia por la dinastía Sasánida (224) y la política ofensiva que emprendieron sus reyes con respecto a Siria. Dentro de este clima de inestabilidad hay que incluir, al menos mencionar, los intentos independentistas y contrarios a Roma de la reina Zenobia de Palmira (266-272), que obligaron a Aureliano a capturar la ciudad caravanera por excelencia.

3. SIRIA DURANTE ÉPOCA BIZANTINA

Materialmente hablando es ardua tarea el marcar dónde se inicia la época bizantina y acaba la romana. Claro está que es simplemente una denominación útil, práctica y consensuada para indicar un avance en la cronología. Cuando dichos avances cronológicos no están marcados por ocupaciones poblacionales o invasiones militares resulta tarea complicada el subdividir un lapso de tiempo más o menos extenso. En ese caso, se remarcan hitos históricos más o menos significativos como esos puntos de inflexión tras los cuales todo parece ser distinto. No sin mucho discutir, la historiografía ha ido llegando a acuerdos más o menos consensuados para la partición de la Historia en periodos y épocas. Tal sistematización se hace imprescindible para asumir o analizar parcelas cronológicas concretas. En el caso de Siria, el 64 a. C., la llegada de Pompeyo a la región, y el 636 d. C., la derrota de los bizantinos frente a los musulmanes, son ese tipo de fechas claves que facilitan la tarea del historiador. Sin embargo, ¿cómo sistematizar todo el periodo comprendido entre ambas?

Por este motivo, la terminología empleada en aquellas publicaciones, que hacían referencia al periodo histórico comprendido entre la época romana y la conquista de Siria por los musulmanes, resulta de lo más variopinta: tardorromano, cristiano, cristiano primitivo, bizantino, bizantino

antiguo, proto-bizantina, tardo-antigüedad, etc.¹⁴⁸ Sin querer entrar en debate, ni precisiones terminológicas (no es el lugar, ni la ocasión), se aboga en este trabajo por una diferenciación estándar y generalmente aceptada entre fases romana (siglos I-IV) y bizantina (del 395 en adelante). En esta última fecha, el 395, la muerte de Teodosio produjo una separación casi total entre las administraciones de Roma y la recién fundada Constantinopla, pasando los asuntos orientales, entre ellos los sirios, a depender exclusivamente de esta segunda capital. A pesar de que en la parte oriental del Imperio siguieran llamándose a sí mismo como *Romaioi*, esta reorganización administrativa debió salpicar en gran medida a las estructuras fundamentales de la sociedad, especialmente en sus variantes políticas, económicas y religiosas.

Sin embargo, a nadie escapa la existencia de un periodo intermedio que viene marcado por el surgimiento y consolidación de la religión cristiana. Por esta razón, a caballo entre la Siria Romana y la Bizantina, cabría incluir una franja cronológica, a modo de tierra de nadie, en el que ambos periodos confluyen. Es lo que podríamos llamar la época tardorromana o cristiana que englobaría, a grandes rasgos, los siglos IV y V.

Uno de los investigadores más significativos de la Siria bizantina, G. Tate, remarcaba la existencia de dos periodos: el primero comenzaría con la llegada de Diocleciano, en especial por la serie de cambios económicos, sociales y administrativos que conllevó, y acabaría con la llegada de Justino I (518), una fase de paz, prosperidad, de crecimiento y de cambios profundos en ámbitos tales como la cultura y las mentalidades. El segundo periodo iría enmarcado por el 518 y la conquista árabe del 636 (Yarmuk), quedando marcado por múltiples dificultades: guerras, problemas internos, crisis económicas y la definitiva caída del poder bizantino ante los inesperados ejércitos venidos del sur¹⁴⁹.

Los siglos IV y V nos son conocidos por las fuentes cristianas, especialmente Teodoro de Ciro, si bien el aspecto político se ve sometido a una leve oscuridad informativa. Es evidente que el mayor conocimiento de una época u otra se debe sin duda a la existencia de un mayor o menor número de fuentes literarias. Este es el caso de la época bizantina, que cuenta con las obras de Procopio de Cesarea como reflejo de la situación geo-política de la región sometida a estudio.

3.1. Siglos IV-V

La campaña victoriosa de Galerio contra los Persas del 297 inauguró para Siria un periodo de paz de más de dos siglos, dentro de un territorio extendido hasta el valle superior del Tigris y, tras la derrota de Juliano (363), hasta el Jābūr¹⁵⁰. Sólo tres guerras interrumpieron este periodo, todas en territorio enemigo: del 361 al 363, del 421 al 422 y del 502-505. Esta paz se

148 Tras la Primera Guerra Mundial, la Historia del Arte fue la primera en individualizar este periodo de transición entre el mundo clásico y la Edad Media empleando el término alemán *Spätantike*. A partir de aquí el apelativo se revisó y tradujo a varias lenguas, quedando el periodo definido. Otro hito historiográfico fue la publicación en 1936 de Henri-Iréné Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture ancienne*. En esta obra, así como en su *Retractatio*, escrita trece años más tarde, valora la figura de S. Agustín, proyectándola sobre el cuadro de su época, a la que da el nombre de *Theopolis*. Justificaba este razonamiento, defendiendo que la Antigüedad Tardía era un periodo distinto, en el que el hombre mediterráneo se sentía ante todo un hombre religioso.

149 TATE, G., *op. cit.*, 1989, p. 97.

150 *Ibidem*.

debió sobre todo a las dificultades interiores de los persas y a la eficacia del sistema defensivo establecido por Diocleciano.

Con este clima de estabilidad política, los innatos comerciantes sirios se hacen dueños, otra vez, del comercio a gran escala entre Oriente y Occidente. Las producciones de origen sirio, en especial el aceite, llegaron con extrema facilidad y en cantidad a costas tan lejanas como las hispanas¹⁵¹. La rentabilidad del transporte era aportada por productos de lujo de gran valor como las especias, perfumes, marfil, perlas y sobre todo seda¹⁵².

La división territorial que imperó es la que a finales del siglo IV, en torno al 395 d. C., había cambiado la denominación de algunas provincias pero que seguía el esquema de ocho partes. Siria Primera (Antioquía), Siria Segunda (Apamea), Fenicia Marítima (Tiro), Fenicia del Líbano (Damasco/Emesa?), Palestina (tres provincias), Arabia (Bostra), Mesopotamia (Cyrhus), Osrhoene (Edesa)¹⁵³.

3.2. Siglos VI-VII

Los preludios del siglo VI marcan el inicio de las hostilidades entre Bizancio y la Persia Sasánida. Anastasio I había comenzado su reinado el 491 pero durante los primeros años de la siguiente centuria tuvo que centrar sus esfuerzos en retener los intentos ofensivos del gobernante persa Kawâdh I. Esta situación de tensión e inseguridad tuvo que ser la causa de una hambruna más o menos generalizada para la región cuyo momento más trágico ocurrió en Edesa en torno al 501¹⁵⁴. La escasez de alimentos acabó con miles de personas en esta ciudad y los cementerios no daban abasto teniéndose que reutilizar algunas necrópolis. Sin duda alguna, las poblaciones ribereñas del Éufrates y mesopotámicas fueron las que más padecieron el conflicto que aconteció entre el 502 y 505. Callinicum fue tomada el 503-504 e Hierapolis estuvo varias veces amenazada y movilizada ante un posible ataque de las tropas de Kawâdh I¹⁵⁵.

La llegada de Justino I y su sobrino y sucesor Justiniano implicaron un cambio radical en los objetivos de la política exterior del Imperio de Oriente. Ya no se trataba de contener el asalto de algunas hordas de bárbaros sino que estamos hablando de un verdadero intento de reconquistar las provincias occidentales. Desgraciadamente, para Bizancio se demostró incompatible la «reconquista» occidental con las guerras orientales. Durante este periodo se dieron cuatro conflictos entre persas y bizantinos.

El primero, del 527 al 531, acabó mediante un tratado conocido en general con el nombre de «Paz Perpetua». Curiosamente, el principal testimonio epigráfico de este pacto fue localizado a

151 No será raro el encontrar colonias sirias en Occidente, como la que existía en un barrio de Roma, a los pies del Aventino o en *Hispania*, donde han sido constatadas colonias sirias en *Carthago Nova*, *Malaka* o *Hispalis* (GARCÍA MORENO, L. A., «Colonias de comerciantes orientales en la península ibérica. S. V-VII», *Habis*, 1972, 127-154). En otras ocasiones, como en *Emerita*, se comprueba la existencia de contingentes «orientales», muchas veces sinónimo de «sirios». Según el opúsculo anónimo «El libro de las vidas de los Santos Padres de Mérida» (siglo VII), Paulo y Fidel, dos de los santos padres emeritenses, provenían de los confines de Oriente. Paulo, era de origen griego (término seguramente referido a su lengua) y médico de profesión, mientras que Fidel, que llegó a Mérida acompañado de unos mercaderes, resultó ser familia del primero («*Liber Vitas Sanctorum Patrum Emeretensium*», traducción de A. CAMACHO MACÍAS, Mérida, 1988, 93-95).

152 TATE, G., *op. cit.*, 1989, p. 98.

153 Los nombres de ciudades entre paréntesis indican la capital o capitales de cada una de las provincias.

154 Ps. Joshua, 43.

155 Ps. Joshua, 64-65.

principios de siglo XX en Manbiş, la vieja Hierapolis, donde tuvo que ser erigido. Aunque esta paz se celebró con fuerte entusiasmo, fue bastante efímera, y sólo ocho años tras su proclamación, los habitantes de dicha ciudad ya debían pagar al rey persa Chosroes una contribución de 2000 libras de plata para preservar su territorio de la devastación y su ciudad del asedio¹⁵⁶. La firma de este pacto en Hierapolis es la prueba más palpable en cuanto al cambio radical que había sufrido esta ciudad tras la llegada del cristianismo. El interés militar hacía tiempo que se había superpuesto al religioso. En un principio esos valores fueron paralelos y coexistentes, sobre todo en el Alto Imperio que también sirvió de cuartel general de las legiones romanas. Pero en la época de Justiniano seguía siendo considerada como una plaza fuerte de primer orden, si bien había perdido buena parte de su esplendor y aire sagrado por la conversión al cristianismo del antiguo santuario de Atargatis. Otro culto oriental, la religión de los apóstoles Pedro y Pablo, había sucedido y vencido a la Diosa Siria.

El segundo conflicto comenzó el 540 y finalizaría el 561, estando marcado por un sinnúmero de incursiones persas por territorio sirio, incluyendo acciones de pillaje, toma de ciudades y algunas deportaciones de sus habitantes. Alepo, Antioquía, Apamea, Chalcis o Sergiopolis fueron algunas de las afectadas. La facilidad con la que en estos momentos los persas accedían hasta la misma costa mediterránea es pasmosa. La tercera de las guerras fue desencadenada por Justino II y finalizó bajo Mauricio mediante un tratado ventajoso para las regiones de Siria. La toma de Apamea del 573 y una deportación masiva de sus habitantes marcó trágicamente el conflicto. La última de estas guerras se inicia tras la llegada al poder de Focas (602) y tuvo un carácter menos negativo para los sirios.

Aparte de las invasiones persas sasánidas, una serie de conflictos casi permanentes, Siria había sufrido una serie de calamidades desde mediados del siglo VI como fueron los terremotos, las plagas y un declive económico general. Si a todo esto se le añaden los desmedidos e incapaces esfuerzos en Occidente o las disputas entre monofisitas y partidarios del concilio de Calcedonia, por citar algunas de las posibles causas, no es de extrañar la inesperada facilidad con la que los árabes tomaron Siria tras la batalla de Yarmuk (636 d. C.).

Como es bien sabido, tampoco Persia pudo contener el poderoso impulso árabe. Entre el 636-637 sufrió una derrota fatal en las proximidades de Qadisiya. A ésta siguió en el año 637 la caída de Ctesifonte, y en el 640 ya era mahometana toda la Mesopotamia Superior. El imperio sasánida estaba destruido y las provincias orientales del Imperio Bizantino perdidas. Sin embargo, queda por estudiar una más que posible pervivencia cultural y religiosa a lo largo de los primeros siglos de dominación musulmana. En cuanto a la influencia cultural es bien sabido el carácter bizantino que adquieren las artes de los Omeyas. Por lo que respecta al ámbito religioso, se sabe que la conversión no fue, ni mucho menos, inmediata y que se mantuvieron en activo un buen número de monasterios, especialmente los emplazados en las zonas menos urbanizadas. El estudio de este proceso sigue aún en ciernes y resulta imposible el precisar hasta cuándo duró esta convivencia y cómo se fue produciendo la conversión de esta amplia mayoría de la población.

156 ROUSSEL, P., «Un monument d'Hiéropolis-Bambykè relatif a la paix perpétuelle de 532 AP. J.-C.», *Mélanges Syriens (Offerts à Monsieur René Dussaud)*, París, 1939, p. 372.

4. EL ÉUFRATES. SU VALOR DEFENSIVO Y MILITAR

La historia de Roma en Oriente estuvo dominada por las dinastías iraníes más que por otro factor. Irán, englobando a Partia y Persia, era el único gran poder opuesto a Roma por lo que era comprensible la preocupación que puso el Imperio en sus políticas orientales¹⁵⁷. No era para menos, partos, y luego persas, fueron las únicas naciones que lucharon contra el poder romano, venciendo en varias ocasiones (si excluimos la definitiva venida de los árabes). Sin embargo, no hubo nunca una gran estrategia contra el enemigo del este, más que nada fue una preocupación que no se veía acompañada por un conocimiento previo del contrario.

Centrándonos en Siria, la provincia más militarizada de todas las «orientales», nunca tuvo más de cuatro legiones cuando no había conflicto armado. Sin duda se debió al carácter montañoso de las regiones septentrionales, a lo limitado de la extensión del *limes*, a lo fácil de proteger las zonas desérticas meridionales y centrales, por lo que un ejército relativamente reducido podría bastar para las posibles amenazas de partos primero y persas después.

En cuanto al protagonista del estudio, el Éufrates, desde bien temprano apareció como la frontera natural con los partos. Desde los primeros contactos con el Imperio Parto hacia el 90 a. C., el Éufrates fue reconocido por ambas partes como una línea de demarcación de sus respectivas áreas de influencia¹⁵⁸. El pacto que Pompeyo trató con éstos implicaba la ratificación de que el río quedaba establecido como la frontera entre los dos imperios y sus zonas de influencia. En especial este papel de frontera se dio en el curso medio en torno al gran codo que describe en la latitud de Alepo¹⁵⁹. Más al sudeste la orilla derecha del río quedaría bajo administración parta. Unos ochenta años después, Artábano, otro de los reyes partos, se acercaría al río en honor de Germánico, coincidiendo con las campañas de éste en Oriente (18-19)¹⁶⁰, señal manifiesta de que el río seguía siendo un *limes* aceptado y asumido por ambas partes.

4.1. La evolución del *limes*

No obstante, la evolución general del *limes* oriental del Imperio Romano es una historia de avances y retrocesos. Se inicia con un tiempo de relaciones prudentes con los partos, excepto bajo el gobierno de Trajano. Con la llegada de Pompeyo, el Éufrates surge como una frontera frente al Imperio Parto mucho más cómoda que real. Tras la paz de Augusto las fronteras romanas en el Próximo Oriente permanecieron más o menos estáticas durante un siglo ya que Roma y los partos gozaron de un periodo de estabilidad, incluso con relaciones temporales de amistad¹⁶¹. Es bajo este momento de tranquilidad cuando en el siglo I y comienzos del II triunfa el comercio caravanero, aunque no existían aún los monopolios que iban a llegar después. Pese a que reinaba cierta inseguridad por algunas escaramuzas partas, y sobre todo, por las de algunas tribus árabes, el ejército controlaba la situación.

157 BALL, W., *op. cit.*, p. 8.

158 DABROWA, E., «The rivers in the defensive system of Roman Syria (From Augustus to Septimius Severus)», *Roman Frontier Studies 1995* (Proceedings of the XVIth International Congress of Roman Frontier Studies), Oxford, 1997, p. 109.

159 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1989, p. 47.

160 Tac., *Ann.*, II, 58, 1.

161 BALL, W., *op. cit.*, p. 15.

Desde Augusto, la presencia de tropas regulares en Siria formó la base de su seguridad. Así, tras el 27 a. C. tres legiones: *III Gallica*, *VI Ferrata*, *X Fretensis* constituyen el núcleo de las fuerzas estacionadas en la provincia. Hacia el siglo I a. C. el ejército sirio había sido reforzado por tropas procedentes de otras provincias como consecuencia de la campaña de *Caio Caesar* en Armenia: la *legio XII Fulminata* estaba entre éstas y muy probablemente permanecería en Siria desde ese momento. Además de las cuatro legiones, estaban presentes un mal conocido número de unidades auxiliares. A pesar de conocer la existencia y evolución¹⁶² de estas cuatro legiones y sus tropas de *auxilia* resulta imposible precisar con seguridad donde estaban acantonadas durante todo este tiempo¹⁶³.

Un análisis de la actividad militar de las tropas sirias entre Augusto y Claudio I sugiere que el problema de la seguridad de la frontera estaba considerado como solucionado. La mayoría de las operaciones militares tuvieron un carácter ofensivo y se llevaron a cabo lejos de la frontera, ya que muchas veces durante este periodo el ejército era usado para presionar a los gobernantes partos, que intentaban defender los intereses de su estado contra Roma. Las constantes ofensivas del ejército sirio significaron que las legiones no tuvieran campamentos regulares a causa de su asiduo movimiento, planteándose absurda la construcción de algunos campamentos. Este hecho explicaría, según Dabrowa¹⁶⁴, las enormes dificultades existentes a la hora de localizar los campamentos de las legiones sirias durante la fase de los julio-claudios.

Una lectura de las fuentes, especialmente los *Annales* de Tácito, confirma la localización del campamento de invierno de una de estas legiones, la *X Fretensis*, en *Cyrrhus*¹⁶⁵. Según él, otra legión, la *VI Ferrata*, inverna cerca de *Laodicea*¹⁶⁶. Este establecimiento aparece marcado para la campaña de Germánico en Oriente (años 18-19). Sin embargo, arqueológicamente el campamento de la *legio X Fretensis* parece quedar localizado en *Zeugma* poco después del 18 d. C.¹⁶⁷, por lo que puede suponerse un traslado de tropas convenido por la necesidad de defender el Éufrates y su paso principal, o una estancia temporal, invernal en *Cyrrhus* y estival en *Zeugma*. En este sentido, fuentes y arqueología parecen contradecirse.

4.1.1. La primera fortificación del Éufrates. Labor de Corbulón

Un punto de inflexión, que supone un cambio a la hora de entender la arqueología militar en la zona, será el reinado de Nerón y las campañas contra los partos bajo el mando del legado de Siria *Cn. Domitius Corbulo et Quadratus* (en adelante, Corbulón). Antes del año 62, la frontera oriental del Imperio parece quedar ausente de estructuras permanentes, léase campamentos, po-

162 Con Augusto ya encontramos establecidas en la región las siguientes legiones *III Gallica*, *VI Ferrata*, *X Fretensis*, *XII Fulminata*. Por las campañas párticas de Corbulón se vio necesario apoyarlas con la llegada de la *IV Scythica*, que tras el conflicto permaneció en la zona sustituyendo a la *III Gallica*. En la Guerra Judía la legión *X Fretensis* fue emplazada en Judea donde se mantuvo. De este modo, con Vespasiano, son sólo tres las legiones que permanecen en Siria: *III Gallica*, *IV Scythica*, *VI Ferrata*. Esta distribución se mantuvo con Trajano, a excepción de cambiar la última de ellas por la legión *XVI Flavia Firma*.

163 DABROWA, E., *op. cit.*, 1986, p. 94.

164 *Ibidem*, p. 96.

165 Tac., *Ann.*, II, 57, 2.

166 Tac., *Ann.*, II, 79, 2.

167 WAGNER, J., *Seleukeia am Euphrat/Zeugma*, Wiesbaden, 1976, p. 286. Los conflictos en Judea obligaron a trasladar la *Legio X Fretensis* pero su lugar fue ocupado por la *IV Scythica*.

blados fortificados, *castella*, etc. Como hemos advertido, la presencia de grandes fuerzas militares en la provincia era suficiente para garantizar la seguridad, opinión ésta que era justificada por la supremacía de Roma en relación con Partia, el único poder capaz de amenazar Siria. Con este espíritu se produjo la anexión de Commagene y Palmira en el 17, que si bien tuvo que poseer una gran relevancia para la seguridad de Siria, no fue acompañada, al menos las fuentes no lo certifican, de una política de fortificación y militarización del Éufrates.

Cuando Nerón asumió el poder, los intereses romanos estaban amenazados seriamente a partir de los drásticos cambios acaecidos en Armenia durante los últimos años del reinado de Claudio I. El rey parto Vologeses I, que había accedido al trono el 51, planeó colocar a su hermano Tirídates en el trono armenio. Esto llevó a Nerón hacia la guerra. Por primera vez las fuerzas unidas armenio-partas atacaron en dos frentes, Vologeses simultaneó operaciones en Armenia y en Siria¹⁶⁸. Esta situación comenzaba a ser tan peligrosa que Corbulón estuvo forzado a hacer levas entre los jóvenes de las provincias próximas para completar las legiones¹⁶⁹. El ataque dual y la escasez de tropas obligaron a emprender trabajos intensivos de fortificación a lo largo del Éufrates para repeler los ataques a territorio sirio. Así, los preparativos para la campaña del año 62 consistieron en:

«...colocar las demás legiones ante la ribera del Éufrates, y como la región es pobre en aguas, situó posiciones fortificadas junto a las fuentes»¹⁷⁰.

Junto a estas medidas:

«Corbulón guarneció con más abundantes destacamentos la nunca abandonada ribera del Éufrates...¹⁷¹ y «...se llevó a término el puente; las colinas de la otra parte son ocupadas por las cohortes de aliados, y luego por los campamentos de las legiones»¹⁷².

Como consecuencia de estos trabajos, la línea defensiva romana se hizo tan fuerte que los partos no pudieron aproximarse al río y abandonaron sus preparativos para la invasión de Siria, trasladándose las operaciones militares a Armenia.

Tras este intento de invasión de los partos, la línea fronteriza del Éufrates debió sufrir una metamorfosis radical. Según el relato de Tácito, la gran estrategia de Corbulón fue, simplemente, el situar las legiones en posiciones a lo largo del Éufrates sostenidas por una leva en masa de habitantes de esta provincia. Aparte de esta fortificación de la orilla del río por medio de distintas construcciones, todas las fuentes de agua potable fueron especialmente protegidas del enemigo asegurando el fácil aprovisionamiento para ellos e impidiendo el control de un bien tan preciado por parte de los partos. En una segunda fase de fortificación la línea defensiva romana fue mejorada con otras posiciones fortificadas, además de lanzar un puente sobre el río que posibilitaba la ocupación de la orilla enemiga por parte de las tropas romanas. Una poderosa y fortificada

168 Tac., *Ann.*, XV, 2, 4; 3, 1; Dio, LXII, 20, 2.

169 Tac., *Ann.*, XIII, 7, 1.

170 *Ibidem*, XV, 3, 2.

171 *Ibidem*, XV, 9, 1.

172 *Ibidem*, XV, 9, 2.

cabeza de puente localizada en la orilla izquierda garantizaba la seguridad del puente. Con todos estos pasos Corbulón demostró que el sistema permanente de fortificaciones del Éufrates podía preservar la seguridad de Siria a lo largo del río y que era un efectivo modo de refrenar las superiores fuerzas del enemigo cuando las legiones romanas estuvieran limitadas¹⁷³. (Fig. 11)

De este modo será a partir de esta fecha, en torno al 60 d. C., cuando se fortifica por primera vez el *limes* oriental, el Éufrates, no sólo en su orilla derecha sino por medio de fuertes y campamentos en la orilla izquierda que aseguraban la protección de los puentes establecidos por las mismas legiones. Este es el sistema que se verá repetido en buena parte de las posiciones militares identificadas en la región.

Especialmente ilustrativo es el caso de Qara Qūzāq que mediante un pequeño campamento en altura y una posición fortificada controlaba el paso del río, según la cerámica recogida, desde estos mismos momentos. Con ejemplos como éste se cubre el vacío que existía en cuanto a posiciones fortificadas en el Éufrates para el siglo I d. C. Se sabía de la fortificación de plazas como Samosata, Zeugma e incluso más al sur, en Tell al-Ḥāy¹⁷⁴ (supuesta Eraciza de la *Tabula Peutingeriana*), sin embargo para la zona intermedia no se conocía nada.

Será en este momento, cuando las perspectivas de paz permanente en Armenia se comprobaban inalcanzables, y tras la fortificación de algunas zonas de la frontera, cuando debieron llegar a la región variopintos contingentes militares, de origen geográfico y étnico diverso. En cuanto a la identificación de estos grupos, los datos son ínfimos, algunos de ellos son conocidos por la epigrafía, como el *ala I Bosporanorum* que actuó en las cercanías de Europos (Yārābūlūs) al final del reinado de Claudio I¹⁷⁵.

Una vez que la amenaza sobre Siria había sido demostrada por los ataques de Vologeses y los romanos revisaron sus principios elementales de política defensiva en esta provincia se llevó una nueva e intensa actividad por parte de Vespasiano, con el objeto de fortalecer las posiciones romanas del Éufrates. La incorporación de Commagene el 72 d. C. lleva a tomar el control de una importante sección del Éufrates entre Melitene y Zeugma¹⁷⁶. Es en estas fechas cuando se acantonan tres campamentos legionarios entre Zeugma y Melitene: la *IV Scythica* en Zeugma¹⁷⁷, la legión *III Gallica* en Samosata y la legión *XII Fulminata* en Melitene¹⁷⁸. Este espectacular despliegue indica la trascendencia que para Roma suponía, en estos momentos, esta parte de su geografía¹⁷⁹. Lo que simplemente había funcionado como una línea divisoria acordada entre dos reinos iba transformándose paulatinamente en un frente militarizado en toda regla en el que se hizo habitual en su paisaje el encontrar guarniciones fortificadas a lo largo de la orilla del río. Los sucesores de Vespasiano continuaron y mantuvieron dichos trabajos.

173 DABROWA, E., *op. cit.*, 1986, p. 98.

174 BRIDEL, P., STUCKY, R. A., «Tell el Hajj, place forte du limes de l'Euphrate aux Ier et IVe S. AP. J.-C.», *Le Moyen Euphrate. Zone de contacts et d'échanges* (Actes du Colloque de Strasbourg. 10-12 mars 1977), Strasbourg, 1979, 349-353. Dicho tell fue excavado en los años setenta del siglo XX por una misión suiza, que apreció una pervivencia de la plaza hasta el siglo IV d. C. Como dato más interesante de la excavación está la constatación de su uso en épocas alternas por parte de dos cohortes: *cohors secunda pia fidelis* y la *cohors prima milliaria Thracum*.

175 DABROWA, E., *op. cit.*, 1986, p. 97. ILS 2510, CIL III 6707.

176 DABROWA, E., *op. cit.*, 1997, p. 110.

177 WAGNER, J., «Legio III Scythica in Zeugma am Euphrat», *Studien zu den Militärgrenzen Roms* (Vorträge des 10. Internationalen Limeskongresses in der Germania Inferior), II, Colonia, 1977, 517-539.

178 I, *BI*, VII, 17. Esta legión procedía de Jerusalén.

179 DABROWA, E., «Les rapports entre Rome et les Parthes sous Vespasien», *Syria*, 58 (1-2), 1981, 188-204 (en concreto, p. 201).

4.1.2. Pérdida temporal de su valor fronterizo

Hasta el 114 los romanos parecían satisfechos manteniendo el Éufrates como el límite entre Roma y partos. Pero en esa fecha esta política cambió. Los argumentos que justificaron esa huida hacia adelante de Trajano fueron varios. Por un lado, el motivo económico habría impulsado al emperador a una guerra de conquista, con el fin de proteger e incrementar el comercio de Roma con el Medio y Extremo Oriente, eliminando el obstáculo parto. Por otro, existiría una intención militar de base defensiva que podría haber empujado a la extensión y reforzamiento del *limes* siguiendo una línea de desarrollo más avanzada, pero unitaria y continua, desde Arabia al Mar Negro atravesando la Mesopotamia¹⁸⁰. Dentro de este segundo grupo, se encontraba la necesidad de preservar al reino amigo de Armenia como un estado tapón¹⁸¹. Esta necesidad se convirtió, de hecho, en el primer escalón de las victoriosas campañas orientales de Trajano.

La retirada de Adriano de los territorios mesopotámicos, hizo inútiles las campañas párticas de Trajano, llevando la frontera, una vez más, hasta el Éufrates. De su repliegue se obtuvo como consecuencia un ataque parto contra Siria. Posteriormente, con Marco Aurelio y Lucio Vero se retoma y reafirma la política de Trajano, produciéndose un verdadero punto de inflexión con el traslado de la frontera a Mesopotamia y establecer el protectorado sobre el Tigris.

Con Septimio Severo se retoma la política ofensiva de Trajano frente a los partos, auspiciada, sin duda, por las ingerencias partas en los asuntos internos romanos, especialmente al apoyar a uno de los rivales de Severo, Nigro. En su avance hacia Oriente Severo logra tomar Ctesifonte y conformar un incipiente protectorado sobre Osrhoene con la intención de crear un estado intermedio que abocará finalmente en la anexión.

El espectacular avance romano en Oriente exigía una remodelación del *limes*. En este momento, a caballo entre los siglos II y III el *limes* se apoyaba en parte en el curso del Éufrates, para después abandonarlo a la altura de Circesium siguiendo la línea del Jābūr. Este progreso militar posibilitó una política de refundaciones y una estabilidad mayor en las riberas del Éufrates. De este modo, Melitene, Samosata o Zeugma dejaban paso a Carrhae, Rhessaena o Nisibe como principales centros militares de la frontera oriental romano. Estos tres últimos, establecidos en una línea defensiva retrasada, tenían como avanzadilla la posición de Singara.

4.1.3. De nuevo tierra de frontera

Con la Anarquía Militar se suceden una serie de ofensivas sasánidas que conllevaron un retroceso de la línea fronteriza. Esta situación se solventa en parte con el tratado que Diocleciano firma en el 297 con Narses, por el que se restituyen los territorios mesopotámicos y se favorece la creación de nueve provincias nuevas. Tras Diocleciano se producirá un repliegue fronterizo importante, especialmente tras la destrucción de Amida por Sapor II bajo el mandato de Constancio II (337-361) y la paz firmada por Joviano (363-364). Con este último revés se incluían las cesiones de Singara y de Nisibe y una reordenación de lo que había sido el *limes* del Éufrates, que seguramente implicó una construcción de nuevos puestos, rehabilitación de fuertes abandonados, etc. Entre estos cambios destacó la constitución de Dara como plaza

180 BERTINELLI, M. G. A., «I Romani oltre l'Eufrate nel II secolo d.C. (le province di Assiria, di Mesopotamia e di Osroene)», *ANRW*, II (9.1), Berlín-Nueva York, 1976, p. 9.

181 BALL, W., *op. cit.*, 2001, p. 16.

fuerte principal en la orilla derecha del Tigris. Tras estos reajustes, la frontera oriental y línea defensiva diseñada con Diocleciano¹⁸² se mantuvo sin apenas cambios hasta el final de la época bizantina, a excepción de algunas reparaciones y reforzamientos de Justiniano especialmente en sus frentes del Éufrates y del Jābūr.

Arqueológicamente hablando, por las consecuencias en el análisis de poblamiento que posee, cabe destacar esta última labor justiniana de remodelación del aparato del sistema defensivo. Tras la sorprendente toma de Antioquía del 540 a mano de los persas, el antiguo sistema defensivo de Diocleciano se comprobó inadecuado para los avances sufridos en materia de poliorcética. Queriendo evitar estas fáciles entradas y salidas de los sasánidas, en torno al 550 Justiniano encarga a sus dos mejores arquitectos, Isidoro de Mileto y Juan de Bizancio, la tarea de planificar un nuevo sistema defensivo. Básicamente se trataba de consolidar una serie de plazas fuertes, defendidas a fondo y a conciencia, rodeadas de una red de fortines y campamentos satélites. De todos modos, muchas de ellas no eran fundaciones *ex novo* sino simples reconstrucciones con rectificaciones de trazados sugeridas por los susodichos avances y recientes experiencias militares. Este es el caso de Zenobia que conformó en la orilla derecha del río uno de los puntos más importantes del sistema defensivo que protegía la Eufratense de las incursiones persas, el equivalente de Circesium en la orilla izquierda para la Osrhoene.

Sin embargo, para poder mantener toda esta serie de instalaciones, era imprescindible un soporte económico que mantuviera la moral de las tropas intacta. Ante la miseria que el ejército bizantino sufrió a finales del reinado de Justiniano, se entiende fácilmente que la mayor parte de las posiciones acabaran sin guarnición y que no pudieran soportar la investida de las tropas de Chosroes II a principios del siglo VII¹⁸³.

En estos momentos de inestabilidad prácticamente todos se fortifican. Si observamos los monasterios, iglesias y pueblos enteros de esta época que se conservan en torno a Alepo todo parece estar fortificado. Se construyen torres vigía para defender las granjas o los monasterios, especialmente a finales del siglo VI¹⁸⁴. Sin embargo, no se trataba de obras de gran envergadura. Ante enemigos ocasionales como quizás fueron algunas de las campañas de razzias persas quizás sí funcionaron, sin embargo no pudieron hacer nada ante el avance postrero de los sasánidas o el inicial de los árabes.

5. LOS ENEMIGOS ORIENTALES DE ROMA: PARTOS Y PERSAS

Principalmente Roma tuvo en esta frontera oriental dos enemigos, partos y persas. Habría que añadir a estos dos las tribus nómadas y beduinas encargadas de actividades de pillaje sobre todo en el sur. A la hora de la profundización en cada uno de ellos se parte con una considerable desventaja, especialmente por la escasa imparcialidad de las fuentes. Que la historia no la escriben los vencidos es un axioma fácilmente aplicable aquí. El conocimiento que se posee sobre partos, persas y nómadas principalmente proviene del filtro de los vencedores. Sin embargo, y ante el oscuro panorama que se cierne sobre el tema, previendo y sopesando esta imparcialidad, simplemente nos interesa saber y presentar los peligros externos o internos que pudieron sufrir los pobladores de la región del Alto Éufrates y su repercusión en la cultura material.

182 Amm. Marc., XXIII, 5, 2.

183 LAUFFRAY, J., *op. cit.*, 1983, p. 37.

184 PENTZ, P., *The invisible conquest. The ontogenesis of sixth and seventh century Syria*, Copenhagen, 1992, p. 26.

Con algunas excepciones, como Estrabón, las fuentes romanas demuestran una patente ignorancia de las culturas iraníes contemporáneas. Así se explica que, a menudo, se refieran a ellos indistintamente como persas, partos o medos sin tener en cuenta qué dinastía está en el poder. Esta confusión terminológica se ha trasladado hasta la actualidad. Partia y Persia son topónimos establecidos desde un punto de vista occidental. Desde Oriente, ambos son incorrectos, ya que Partia, por ejemplo, sólo se corresponde con la región oriental y sudeste del Mar Caspio. Por su parte, Persia es sólo esa parte de Irán que corresponde con la región adyacente al Golfo Pérsico. Como se sabe, los límites de ambas dinastías llegaron más allá de esos territorios. Ambos imperios eran multinacionales y multiétnicos y nunca usaban este calificativo para sus reinos. Para ellos su imperio era *Eranshahr*, «Tierra de Irán»¹⁸⁵, haciendo gala de un uso habitual en las poblaciones orientales por el que su tierra es aquella en la que están asentados, independientemente de su núcleo originario. El topónimo viaja con ellos.

5.1. Imperio Parto

En cuanto al Imperio Parto, la dinastía Arsácida se presentaba como heredera de buena parte del territorio que Alejandro Magno arrebató al Imperio Aqueménida, de los cuales ellos se consideraban los sucesores legales. El término de partos fue más empleado por las fuentes «occidentales», mientras que las fuentes propias empleaban mayormente el término de Arsácidas, en honor de su primer rey, Arsaces o Arshak. En torno al 247 a. C. este personaje debió haberse proclamado a sí mismo soberano de las antiguas provincias aqueménidas, las cuales eran llamadas Parthia (*Parthava* en persa antiguo)¹⁸⁶, de donde procedería la denominación habitual para este reino.

Tras un corto intervalo, marcado por la consolidación del estado parto y el rechazo de las invasiones seleúcidas, los partos comenzaron, a mitad del siglo II a. C., a engrandecer su territorio original gracias a la conquista de buena parte de Irán y de Mesopotamia¹⁸⁷. Los artífices de este avance, Mitridates I (171-138 a. C.) y sobre todo Mitridates II (123-87 a. C.), se mostraban como auténticos abanderados de la idea continuista de los aqueménidas¹⁸⁸. Por esa razón, era necesario incorporar todas las tierras que en otro tiempo habían estado subordinadas a aquéllos, presentándose la ocupación de Siria como uno de los objetivos principales de esta ambiciosa política exterior. Con este motivo, los reyes partos habían hecho graves esfuerzos por ir ganando influencia mucho antes de la aparición de Roma. Sin embargo, la transformación de los restos del estado seleúcida en Siria en una provincia romana en el 64 a. C., tuvo una repercusión tremenda, ya que los romanos aparecían como unos ganadores imprevistos en la competición por ocupar los restos del reino helenístico. Los partos, en despecho por esta derrota, nunca perdieron esperanzas respecto a Siria.

185 BALL, W., *op. cit.*, 2001, p. 5.

186 FRYE, R. N., «Parthian and Sasanian History of Iran», *Mesopotamia and Iran in the Parthian and Sasanian Periods (Rejection and Revival c. 238 BC-AD 642)*, Londres, 2000, p. 17.

187 Desde la aparición de los Partos en territorio seleúcida, hacia el 238 a. C. y la proclamación de Arsaces como rey, los monarcas seleúcidas intentaron recuperar las satrapías, donde su autoridad había sido puesta en duda o suplantada. Seleuco II entre 230 y 227, Antioco III entre 212 y 205, Antioco IV entre 165-163, Demetrio II (140/139), Antioco VI (129) chocaron una y otra vez, con mejor o peor desenlace, con el vecino del Este.

188 WOLSKI, J., «Les rapports romano-parthes et la question de l'Arménie (I^{er} siècle av. J.-C.-I^{er} siècle ap. J.-C.)», *KTEMA*, 8, 1983, p. 270.

Los romanos no reconocían tal peligro en esa actitud, ni nunca tomaron en serio esas demandas históricas. Su actitud pasiva, al menos en un primer momento, resultaba probablemente de la convicción de que los partos no eran oponentes dignos de miedo. Las crisis internas que de forma corriente convulsionaban a los gobernantes arsácidas, ayudaron a reforzar esta convicción.

Ya fuera por su actitud pasiva y arrogante, o por su pura ambición, Roma tuvo que enfrentarse en multitud de ocasiones a los partos. Sin duda una de las campañas más sonadas fue la que protagonizó el triunviro Craso el 53 a. C. cuando al invadir Mesopotamia, sufrió un desastre total en Carrhae. Como consecuencia los partos invadieron por primera vez la provincia, produciéndose razzias en el 52 y la invasión definitiva el 51 a. C. La situación tuvo que ser ordenada por el gobernador Cassio, pero, poco después, el 40 a. C., se produjo la mayor invasión parta de Siria que tuvo corta vida gracias a la intervención de Bassus (general de Marco Antonio) frente al príncipe de los partos Pacorus (39-38 a. C.) Tras esta nefasta génesis en sus relaciones, la cesión de Armenia por Augusto tranquilizó momentáneamente la situación. Por si acaso, Corbulón emprendió la fortificación del Éufrates bajo el reinado de Nerón.

Una segunda fase en los conflictos aconteció con Trajano (113-117) que tras cruzar Mesopotamia de manera victoriosa pudo organizar las nuevas adquisiciones. Tras él, Marco Aurelio tuvo que enfrentarse a un nuevo *bellum parthicum* entre los años 162-165 que, aunque más modesto en ambición, logró la ocupación de Doura y el vasallaje de toda Osrhoene. Las siguientes incursiones romanas contra sus vecinos orientales las dirigió Septimio Severo que, mediante unas primeras (195-196) y segundas (198-199) guerras partas, logró la anexión total de Osrhoene (nueva provincia) y la toma de Ctesifonte. El Imperio Parto apenas pudo hacer nada durante todo este tiempo y de aquí a la llegada de los sasánidas al poder tuvo que sufrir una nueva guerra bajo Caracalla y la campaña de Macrino del 218 que se saldó con un tratado de paz y que fue la última guerra de Roma contra los partos.

5.2. Imperio Persa Sasánida

Tras el declinar de Partia a causa de una serie de guerras internas, Persia, un reino vasallo, se rebela a comienzos del siglo III, en torno al 224. El rey neo-persa Artajerjes I (*Ardashir*, descendiente de un Sasan) vence y acaba con el rey parto Artabanus (213-224) y procede a controlar lo que se llamó desde ese momento el Imperio Persa Sasánida. Opuestamente a la de los partos, su política será mucho más ofensiva, ya que aparte de proclamarse herederos del antiguo imperio persa aqueménida, hicieron todo lo posible para recuperarlo.

La llegada al poder de los sasánidas implicó para Siria un periodo de guerras y de invasiones que agravó la anarquía, ya extendida, del Imperio Romano. El modo inicial de ataque persa, fue la simple, rápida y efectiva razzia. Una de las primeras aconteció bajo el gobierno de Gordiano III (238-244), siendo su primer objetivo la fortaleza de Doura Europos. Estas incursiones fueron subiendo de tono hasta mediados del siglo III. El sistema defensivo romano hizo aguas, ya que las tropas persas se «pasearon» por casi todos los rincones de la provincia. Resulta ilustrativo el recorrido seguido en la campaña del 253-256: tras una batalla en Barbalissos, en el Éufrates, el ejército persa se divide en varios grupos. Uno saquea el norte, tomando Antioquía el año 253. Otro marcha sobre Beroea, Chalchis, Apamea y Raphanea. Tras ser detenidos en Emesa, descienden por el valle del Orontes hasta Seleucobelos donde se unen al grupo que había tomado Antioquía. Los dos ejércitos unidos vuelven por el Orontes tomando Larissa, Ḥamā y Arethusa pero no

pudiendo con Emesa. Finalmente se retiran hacia el Éufrates donde la guerra se prolonga. Doura fue pasajeramente ocupada durante el 253 y definitivamente destruida en el 256¹⁸⁹.

Aparte de este punto culminante y de cima política y cultural alcanzado con Artajerjes (224-240) o Sapor I (240-272), también el siglo IV, con Sapor II (309-379) a la cabeza, Persia se había mostrado como un enemigo poderoso. Cabe recordar las muertes en combate de Gordiano III o Caro y la humillante derrota y captura de Valeriano, así como los onerosos pactos que Roma y después Bizancio se vieron obligados a firmar. Sólo la decadencia interna, tras la muerte de Sapor II logró suavizar la presión fronteriza y mantener durante más de un siglo una guerra menor, mediante conflictos locales limitados. Las disputas dinásticas y las luchas con la nobleza y la clase sacerdotal estuvieron a punto de hacer caer la dinastía a lo largo del siglo V.

Pero tras casi dos siglos de crisis, el reinado de Cosroes I (531-579) aportó un soplo de tranquilidad y de renovación, llegando a un máximo de poder. Acabó con los problemas internos y externos (invasiones de los hunos) e inició un programa de reconstrucción y de colonización.

Sin embargo, sus sucesores conllevaron un nuevo debilitamiento del poder real a causa de las revueltas de la nobleza, en muchas ocasiones apoyadas por la diplomacia bizantina. La llegada al trono de Cosroes II (591-628) implicó una ofensiva militar a comienzos del siglo VII que habría de ser casi mortal para la moribunda estructura del imperio bizantino en Siria. Sin embargo, y a medio plazo, las guerras con Bizancio habían dejado exhaustos a ambos bandos. Si a esto se le añaden los problemas internos, se asume y comprende el desgaste al que se vieron sometidos cada una de las partes. Este debilitamiento hizo inútil cualquier intento de defensa ante las invasiones musulmanas que, respaldadas por su carácter de religión novedosa, se hicieron muy pronto un hueco entre la sociedad de castas iraníes.

6. EL PAPEL COMERCIAL DEL ÉUFRATES

El Éufrates siempre aparece envuelto en dos perspectivas, el papel fronterizo y el comercial. Ambas facetas aparecen unidas y entrelazadas de tal manera que es casi imposible hablar de periodos de paz sin remarcar el aumento de las relaciones comerciales, y viceversa. Se comprende mejor esta simbiosis si se tiene presente que el Éufrates fue el punto donde más tiempo se mantuvo la frontera y que al mismo tiempo era donde estaban la mayor parte de los pasos de caravanas¹⁹⁰. En esta línea, como ya se ha visto un poco más arriba, la guerra pártica algunas veces hay que entenderla como una campaña con un objetivo económico claro y poderoso: aniquilar al intermediario existente en las rutas de comercio del lejano Oriente¹⁹¹. Pruebas de este fin mercantil se encuentran, por ejemplo, en la obligación de pagar tributos impuesta a los habitantes de las nuevas provincias, en particular a la de Mesopotamia; la institución de nuevos puntos aduaneros sobre el Éufrates y el Tigris o la política de construcción de vías y calzadas¹⁹².

189 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 58.

190 FRÉZOULS, E., «Les fonctions du moyen-Euphrate à l'époque romaine», *Le Moyen Euphrate. Zone de contacts et d'échanges* (Actes du Colloque de Strasbourg-10-12 mars), Estrasburgo, 1979, p. 359.

191 Se sabe que las ciudades de Siria del Norte, Cyrrhus, Beroea, Hierapolis, Zeugma y Chalcis, hasta entonces aprovisionadas por la ceca de Antioquía, recibieron el derecho de acuñación bajo Trajano. Existe una relación clara entre la necesidad monetaria y el desarrollo de unas campañas bélicas, pero también ante una vía de comunicación y ruta comercial Éufrates-Antioquía. De nuevo lo militar y lo comercial aparecen estrechamente ligados.

192 BERTINELLI, M. G. A., *op. cit.*, 1976, p. 20.

Una especie de intervencionismo estatal procuraba mantener atados todos los cabos que conformaban el proceso comercial y caravanero procedente del Oriente.

Esta combinación, en principio algo paradójica, propició que en ambas orillas del río, especialmente en la derecha, se produjera una intensa urbanización. Por esta combinación de factores los asentamientos tendían siempre a una naturaleza defensiva, sobre todo tras el siglo IV cuando las ciudades fueron equipadas con formidables defensas urbanas. Esta constante militar, junto a las características del medio físico, quizás explique una mayoría de construcciones de piedra, frente al tradicional adobe mesopotámico.

Este poblamiento se veía auspiciado por una serie de factores. Por un lado hay que tener en cuenta que el Éufrates, a pesar de su anchura e ímpetu, nunca fue, ni mucho menos, un obstáculo geográfico o físico considerable para los conquistadores. Al contrario tenía suficientes y variados puntos de vado que se hicieron básicos en los lazos comerciales Este-Oeste. En realidad, el Éufrates sólo actuaría como frontera firme y rígida de un modo intermitente, sobre todo durante los siglos I-II, y básicamente en la parte superior de su curso. En cuanto a los vados, a lo largo de la curva que describe hacia el oeste desde Samosata a Raqqa, la gran cantidad de puntos por los que cruzar hacían precaria la defensa de sus orillas si no se estaban ocupando ambas orillas¹⁹³. Resultó fundamental el vigilar ambas orillas mediante un entramado de *castella* y guarniciones. Se debe tener en cuenta que aunque el Éufrates podía ser un río de enorme caudal en época de crecida, en tiempo estival posibilitaba un sinfín de puntos vadeables. Estaríamos ante lo que Van Berchem definía jocosamente como el «pasillo del Éufrates»¹⁹⁴, ya que como bien precisaba Chapot, el Éufrates pudo ser una demarcación política pero no una barrera¹⁹⁵. Definitivamente, debido a que la inundación no se generalizaba a causa de lo escarpado de algunas de sus orillas, era suficiente para atravesarlo elegir el lugar y el momento. Mientras que el Alto Éufrates poseía una ribera de montaña, el Medio Éufrates contaba con los pasos más accesibles y numerosos pero a la vez peor defendibles. Por su parte, las comunicaciones por el Bajo Éufrates eran raras¹⁹⁶. El tramo medio del río se convierte así en la frontera propiamente dicha, la que era realmente empleada, ya que los montes del norte y el carácter demasiado yermo y árido del sur impedían otra opción.

De esta cantidad de puntos donde cruzar la función comercial del río se vio favorecida al máximo. Los intercambios, según las épocas, se efectuaron por diversos itinerarios, sea por caravanas pasando por Palmira, sea por el Éufrates hasta el codo del río donde se situaba la ciudad portuaria de Barbalissos que sucedió a Emar, sea más al norte por Zeugma o Hierapolis donde aquellos enlazaban con Antioquía por Beroea, o por Chalcis ad Belum o por Cyrrhus. Una vez en Antioquía los productos ganaban fácilmente el puerto de Seleucia.

La cercanía a Antioquía, salida directa al Mediterráneo, actuaba como un valor añadido para su función comercial y militar, si bien en alguna ocasión se convirtió en un inconveniente, como en la invasión de Pacoros tras el desastre de Carrhae o la conquista de Sapor I bajo Valeriano. Excepciones aparte, lo corriente es el flujo comercial (o incluso de tropas) siguiendo ejes longitudinales que unen los vados del río con la capital de la región y el Mediterráneo común creado

193 DUSSAUD, R., *Topographie historique de la Syrie*, París, 1927, p. 447.

194 VAN BERCHEM, D., «Recherches sur la chronologie des enceintes de Syrie et de Mésopotamie», *Syria*, 31, 1954, p. 254. «Il serait tout aussi justifié de parler du —couloir— de l'Euphrate.»

195 CHAPOT, V., *op. cit.*, 1907.

196 FRÉZOULS, E., *op. cit.*, 1979 (Les fonctions), p. 360.

por Roma. Estos ejes principales, aunque se verán a la hora de hablar de las vías, eran: Samosata-Doliche-Cyrrhus-Antioquía, Zeugma-Cyrrhus-Antioquía, Barbalissos-Beroea-Antioquía y el que más interesa para nuestra zona de prospección Edesa-Hierapolis-Beroea-Antioquía.

Durante estos momentos de calma la función comercial del río prevalece frente a la militar. El Éufrates actúa durante un tiempo como una simple línea de control de caravanas, con su repercusión en el cobro de impuestos sobre el tráfico a la hora de vadear el río. Los puntos de paso más corrientes fueron *Zeugma* durante los siglos I-II, Hierapolis (Caeciliana) a partir del siglo III y más meridional quedaba Sura que unía Edesa con Palmira por medio del río Balij. Con estos y otros puntos se conseguía controlar el tráfico caravanero, control que repercutía directamente en el beneficio del *fuscus* mediante distintas tasas como la del *portorium*¹⁹⁷.

Este factor comercial se convirtió en una fuente de riqueza para un buen número de centros. ¿Cómo si no comprender la riqueza y lujo que están denotando los recién descubiertos restos de Zeugma? Otras muchas ciudades se enriquecieron por encontrarse en el recorrido de estas rutas, es el caso de Hatra, Nisibe, Edesa, y otras por acoger ferias celebérrimas, como Batnae o Callinicum.

En el ámbito administrativo y de control, la orilla romana del Éufrates constituyó desde el siglo I una región militar dividida en dos sectores, bajo el control de un prefecto o de un curador. Estas dos partes del río, la superior y la inferior, se correspondían, una con la antigua frontera entre Zeugma y Birtha, y la otra más arriba, con la Commagene. Otros cargos de este tipo aparecen cuando la guerra pártica de Trajano (un oficial de orden ecuestre estuvo encargado de asegurar el abastecimiento en el Éufrates) o a principios del siglo III (la orilla derecha aparece bajo las ordenes de un oficial de alta graduación que residía en Doura Europos)¹⁹⁸.

7. VÍAS DE COMUNICACIÓN

A tenor de su función comercial, resulta interesante el plantear un estudio previo de las vías de comunicación que llegan, atraviesan o nacen de nuestro sector sometido a prospección. Sobre todo porque el análisis espacial del terreno va a proporcionar una serie de datos que van a completar, ampliar o modificar los conocimientos consabidos. Así, y siguiendo las pautas establecidas por publicaciones previas, efectuamos de nuevo una labor de síntesis que sirva para poner en antecedentes al lector ante los nuevos descubrimientos que se presentarán ulteriormente. Se advierte que se descartan de antemano aquellas vías de comunicación que no poseen ninguna relación con la región a estudiar¹⁹⁹.

El entramado de calzadas en Siria es bien conocido durante la época romana, al menos en su red principal. El sistema de caminos de Siria precede a la ocupación de ésta por Pompeyo. No obstante, los romanos no hacen más que potenciar y registrar una red preexistente de la que existen muchas menos evidencias, aunque las hay. Esta red tampoco tomaba sus características más importantes de períodos inmediatamente anteriores como puedan ser el helenístico y el persa. No está de más recordar que hasta el establecimiento de las rutas ca-

197 *Ibidem*, p. 372.

198 REY-COQUAIS, J.-P., *op. cit.*, 1978, p. 71.

199 Para todas las demás remitimos a: HÖNIGMANN, E., s.v. «Syria», *PW*, IV, A 2, 1932, 1549-1727 (en concreto, columnas 1645-1679); MATILLA SÉIQUER, G., GONZÁLEZ BLANCO, A., «Vías romanas», *AntCrist*, 15, Murcia, 1998, 183-212.

ravaneras por Palmira en los siglos II-III d. C., el comercio y unión entre el Mediterráneo y Mesopotamia (y de allí al Extremo Oriente) se efectuaba mediante caminos y rutas de una fuerte tradición histórica que cruzaban el Éufrates por estas latitudes más septentrionales. Sin remontarnos muy atrás, nos son conocidas las uniones comerciales que tenía en el Bronce Reciente Ugarit con la metrópoli hitita de Qarqamiš. Ya en época helenística el eje de unión Seleucia-Beroea-Hierapolis-Edesa-Nisibe y Seleucia-Beroea-Cyrrhus-Zeugma-Edesa-Nisibe simplemente estaba perpetuando esa misma herencia y tradición comercial, remarcándose sendas vías de comercio como fundamentales²⁰⁰.

7.1. Rutas del Mediterráneo al interior

La unión de Roma con Oriente se efectuaba por medio de Antioquía, puerto y capital de Siria. Por esta razón no es de extrañar que la mayor cantidad de rutas conocidas mantengan esa orientación Este-Oeste (o viceversa) enlazando Antioquía con Beroea (Alepo) o Chalcis y éstos con el Éufrates por medio de diferentes rutas, dependiendo del vado empleado y la dirección deseada.

Gracias a la *Tabula Peutingeriana* se conoce parcialmente el entramado viario de la región. Según esta fuente, el nudo de comunicación principal de la región era Hierapolis. Sus atribuciones religiosas, militares y, cómo no, comerciales obligaban al viajero a pasar irremediamente por la ciudad. Por este motivo, en el camino que viene del Mediterráneo sirve casi siempre como punto de paso y parada obligatoria. Desde la «Ciudad Sagrada», y siguiendo la *Tabula*, las posibles direcciones a tomar eran tres: se podía ascender el río, vía Europos, en dirección a Zeugma; estaba la opción de descenderlo en dirección a Eraciza y de aquí a Barbalissos; finalmente, una de las opciones más comunes era cruzar el río mediante la posición de Caeciliana. Todos estos ejes, con algunas variaciones, representaban vías de sentido Este-Oeste.

7.1.1. Antioquía-Beroea-Hierapolis-Caeciliana

Con punto de partida en Antioquía, iba cruzando Chalcis (Qinnesrin)²⁰¹, Beroea (Alepo), Batnae (al-Bāb), Hierapolis (Manbiġ), hasta Caeciliana. Enlazaba en Chalcis con la que venía de Apamea por Telmenissos.

El primer cruce de caminos de esta vía se localizaba en Chalcis, que fue fundada²⁰² por los seleúcidas a finales del siglo IV a. C. a unos 30 Km al suroeste de Alepo, dominando una llanura denominada desde antiguo como Chalcidena. En esta población se cruzaban las rutas de Cyrrhus a Emesa y la de Antioquía a Beroea y gracias a la fertilidad de sus tierras y su posición inter-

200 LERICHE, P., «Urbanisme défensif et occupation du territoire en Syrie Hellénistique», *Sociétés urbaines, sociétés rurales dans l'Asie Mineure et la Syrie hellénistiques et romaines* (Actes du colloque de Strasbourg, novembre 1985, édités par Edmond Frézouls), Estrasburgo, 1987, 57-79.

201 Literalmente «Nido de Águila». Antiguamente se la conocía como Chalcis ad Belum y también como Eski-Haleb (Viejo Alepo). Como anecdótico cabe recordar que en un desierto cercano, san Jerónimo vivió como anacoreta en torno al 375.

202 La problemática inherente a todas estas fundaciones helenísticas es tremenda. Aunque se incidirá en esta cuestión en el capítulo de conclusiones dedicado a las ciudades, la mayoría de este tipo de fundaciones no son más que una refundación, con la elevación de una nueva muralla, o en muchas ocasiones, un simple y rápido cambio de topónimo.

media de varias rutas llegó a convertirse en el periodo romano en uno de los centros principales del norte de Siria, sobrepasando a la milenaria Beroea por un tiempo²⁰³.

El siguiente puesto que cabe remarcar de este recorrido es el de Hierapolis, que como ya se ha precisado servía de salida para, al menos, tres caminos diferentes. Según Ptolomeo, la vía que iba hacia el este, por medio de Caeciliana, pasaba a continuación por las etapas de Auladis y Ballatha (las estaciones de Banata y Aladin de la *Tabula*, pero invertidas)²⁰⁴. El *Itinerario de Antonino*, en su tramo Hierapolis-Batnae, también debe estar haciendo referencia a esta vía de comunicación.

Respecto a esta vía, Procopio aporta datos interesantes con relación a las distancias: «*Un buen marchador tardaba dos días de Antioquía a Beroea y dos días de Beroea a Hierapolis. Las tropas tardarían el doble.*²⁰⁵» Esta misma vía debió ser la que utilizó Juliano en su campaña contra los persas, ofensiva en la que perdería la vida. En el 363 el Apóstata había invernado en Antioquía desde donde salió a principios de marzo llevando su ejército hasta el Éufrates por los *solitis itineribus*, de Beroea a Hierapolis, es decir, por el camino acostumbrado²⁰⁶. Sus etapas de viaje quedaron reflejadas en una carta que dese Hierapolis mandó Juliano a su buen amigo Libanio²⁰⁷. El estudio que sobre esta campaña realiza F. Cumont aboga por un trazado Beroea, Sheih Nedjâr (donde apareció un miliario), Thiltauri (Tell el Hal), Batnae, Arimeh (con otro miliario datado en el 197), Hierapolis, cruzando el río en Tell Aḥmar, y descartando la posibilidad del controvertido puente de Qal'at Nāy'm²⁰⁸. La zona en torno a Hierapolis estaría relativamente segura ya a finales del siglo II, momento en el que Septimio Severo, según prueba alguno de los miliarios, reparó la calzada. Juliano tardó cinco días en llegar a Hierapolis desde Antioquía y descansó durante tres días²⁰⁹.

7.1.2. Antioquía-Beroea-Hierapolis-Eraciza/Apammari

Esta calzada es exactamente igual en su recorrido hasta llegar a Hierapolis. En este eje Mediterráneo-Éufrates, Alepo aparece como punto intermedio, valor que ya poseía, al menos, desde el segundo milenio. Actuaba como un pivote septentrional para muchas de las antiguas rutas comerciales, confluyendo allí, por ejemplo, la ruta de Asia Central y la del Tigris y Éufrates. La refundación helenística de Seleuco I se entiende en este sentido como asegurador del control de los pasos de comercio antiguos y sus provechosas tasas e impuestos²¹⁰. Alepo logró mantener ese papel hasta su destrucción el 540 a mano de los persas.

Una vez sobrepasados Alepo e Hierapolis nace un nuevo ramal hacia el sur en dirección a las poblaciones de Eraciza y Apammari. Esta misma vía meridional es para Ptolomeo un modo de enlazar Hierapolis con la localidad de Baisampsé, al otro lado del río.

203 BALL, W., *op. cit.*, 2001, p. 164.

204 DILLEMANN, L., *op. cit.*, 1962, p. 181.

205 Procop., *Pers.*, II, 7.

206 Amm. Marc., XXIII, 2, 6.

207 Lib., *Epist.* 27.

208 CUMONT, F., *Études Syriennes*, París, 1917, pp. 1-33.

209 Zos., III, 12.

210 BALTU, J. Ch., «Alepe et les routes commerciales de l'Orient Hellénistique et Romain», *AAAS*, 43, 1999, 179-183. Otras fundaciones helenísticas responderían al mismo criterio como el caso de Laodicea frente a Ugarit.

7.1.3. Antioquía-Beroea-Hierapolis-Zeugma²¹¹

Esta vía que unía Beroea con Zeugma era uno de los ramales principales del eje Este-Oeste. A Zeugma se podía llegar por otra alternativa más septentrional, opción recogida por Hönigmann²¹² apoyándose en Ptolomeo y la *Tabula Peutingeriana* que tendría las siguientes estaciones: Beroea, Niara, Heraclea, Rouba, Regia, Ad Serta, Ad Sociandem y Zeugma. Sin embargo, para la región en la que hemos centrado el estudio, interesa especialmente el enlace, a orillas del Éufrates, entre Hierapolis y Zeugma. Entre medias, el autor de la *Tabula* dibuja una estación anónima que debe corresponderse con Europos.

La llegada a Zeugma no hay que entenderla como un simple lugar de paso, se trataba de uno de los lugares en los que se percibían derechos aduaneros y, para este objeto y por la propia defensa, se estableció allí una legión completa (primero la *X Fretensis* y desde Vespasiano la *III Scythica*). Como pueblo fortificado que era, actuó en multitud de ocasiones como la fortaleza principal de Roma en el río. Sin embargo, desde el siglo III y con la invasión de Sapor I, Zeugma sólo conservó su papel militar oscilando el comercial hacia posiciones más meridionales como la que pudo representar Caeciliana. Quizás por este motivo la *Tabula Peutingeriana* remarca la existencia de otros pasos alternativos al de Zeugma, como los vados de Caeciliana o el de Apammari o Eraciza al Sur.

7.2. Rutas Norte-Sur

A una y otra orilla tuvieron que ser básicas las rutas Norte-Sur. Poblaciones como Melitene, Samosata y Zeugma, puestos militares desde el siglo I d. C., quedaban unidos con los puestos del sur por medio de un importante vial. Por el otro lado, Edesa, Batnae o Carrhae se conectaban con los sucesivos pasos del Éufrates, Zeugma, Caeciliana, Barbalissos, etc.

7.2.1. Orilla Derecha del Éufrates. Samosata-Sura

Las fuentes, especialmente la *Tabula*, remarcan la conexión entre norte y sur por medio de una serie de estaciones. Se trata de un tramo de la vía que naciendo en Trebisonda, en el Mar Negro, llegaba hasta el Mar Rojo. De manera rápida enumeramos su tramo inicial, que de Melitene llegaba a Samosata y de aquí a Zeugma. Una vez en este punto se producía la conexión con el entramado Este-Oeste. Los vados de Zeugma y Caeciliana quedaban unidos por un vial ribereño que pasaría obligatoriamente por Europos. Por su parte, desde Caeciliana la vía continuaba en dirección al siguiente vado de importancia, Eraciza y Apammari. En posición intermedia quedaban situadas (según la *Tabula*) las poblaciones de Betamali y Serre. Finalmente la unión entre Eraciza y Sura se efectuaba siguiendo las estaciones de Barbalissos, Attas y Alalis.

7.2.2. Orilla Izquierda del Éufrates

Frente al recorrido anterior, la orilla izquierda también contó con sus vías propias. Hay que tener presente que las comunicaciones entre Mesopotamia y Siria se estaban haciendo,

211 HONIGMANN, E., *op. cit.*, 1932. col. 1662.

212 *Ibidem*, col. 1668.

desde hacía siglos, por el itinerario natural que suponía la orilla del río. Basta recordar las etapas seguidas por Tukulti-Ninurta II el 885 a. C. a lo largo de la orilla izquierda del Éufrates, o las que siglos después recoge Isidoro de Charax en sus *Mansiones Párticas*, que por la misma orilla va marcando los pasos a dar para llegar de Zeugma a Seleucia del Tigris²¹³.

Para esta zona de la Yāzīra se tiene constancia del uso del río Balīj como ruta principal en sentido Norte-Sur. A 22 Km río abajo de Sura, en la orilla izquierda del río, jugaba un papel estratégico básico la ciudad de Nicephorium-Callinicum (actual Raqqa). Su emplazamiento en la desembocadura del citado río la conformaba como una auténtica cabeza de puente hacia las regiones de Commagene y la Alta Mesopotamia. De Callinicum, remontando el curso del Balīj, por Carrhae y Edesa, se llegaba hacia Zeugma y Samosata al norte, o hacia Rhesaena y el Alto Jābūr al este. La unión del Alto Éufrates sirio con este recorrido más interior queda aún por esclarecer, aunque se dan por supuestas las uniones de Caeciliana con Edesa y con posiciones más orientales.

Ya sea el tramo de la orilla derecha o el de la izquierda, entre Samosata y Hit, la vía ribereña del Éufrates se comportó como una vía estratégica, que unía los puestos del *limes* establecidos sobre la ribera derecha del río. Tenía por misión guardar los principales puntos de paso y proteger la navegación. A partir de Callinicum se cruzaba el río y se continuaba por la orilla izquierda. Entre Callinicum y Doura esta vía seguía básicamente las estructuras y estaciones del camino real parto.

La ruta por la orilla derecha aseguraba la defensa de las tierras romanas ribereñas del Éufrates. La necesidad de seguir lo más cerca posible la ribera del río, para cumplir su misión de protección militar, la obligaba a tomar a menudo un itinerario particularmente accidentado. Para facilitar el tráfico y fortalecer la defensa, existía una ruta paralela, que corría sobre la meseta a una cierta distancia del río. (Fig. 12)

7.2.3. Navegación Fluvial

Una cuestión comprometida y a debate en algunos de los pilares de investigación existentes sobre los valores del Éufrates en la antigüedad es la navegabilidad del río. Queda incluido en este apartado por razones obvias, como una vía de comunicación más.

Las corrientes del río han sido fuertes hasta muy recientemente. Especialmente se hacía peligroso el cruzar el río en periodos de crecida. De este modo, la navegación fluvial sólo pudo ser posible río abajo. Gracias a las fuentes se conoce que el tráfico era posible desde Samosata²¹⁴ y que fue empleado en buena parte de las expediciones romanas a Mesopotamia, ayudándose del río en el transporte del material pesado y para el avituallamiento del ejército. Es más, recientemente se ha confirmado que, al menos, en el siglo III, soldados especialmente entrenados y equipados de la *legio XVI Flavia* hacían servicios regulares a lo largo del río²¹⁵.

213 GAWLIKOWSKI, M., «La route de l'Euphrate d'Isidore à Julien», *Géographie historique au Proche-Orient*, GATIER, P.-L., HELLY, B., REY-COQUAIS, J.-P. (Eds.), París, 1988, p. 76.

214 Plin., *NH*, 5, 85.

215 DABROWA, E., *op. cit.*, 1997, p. 109.

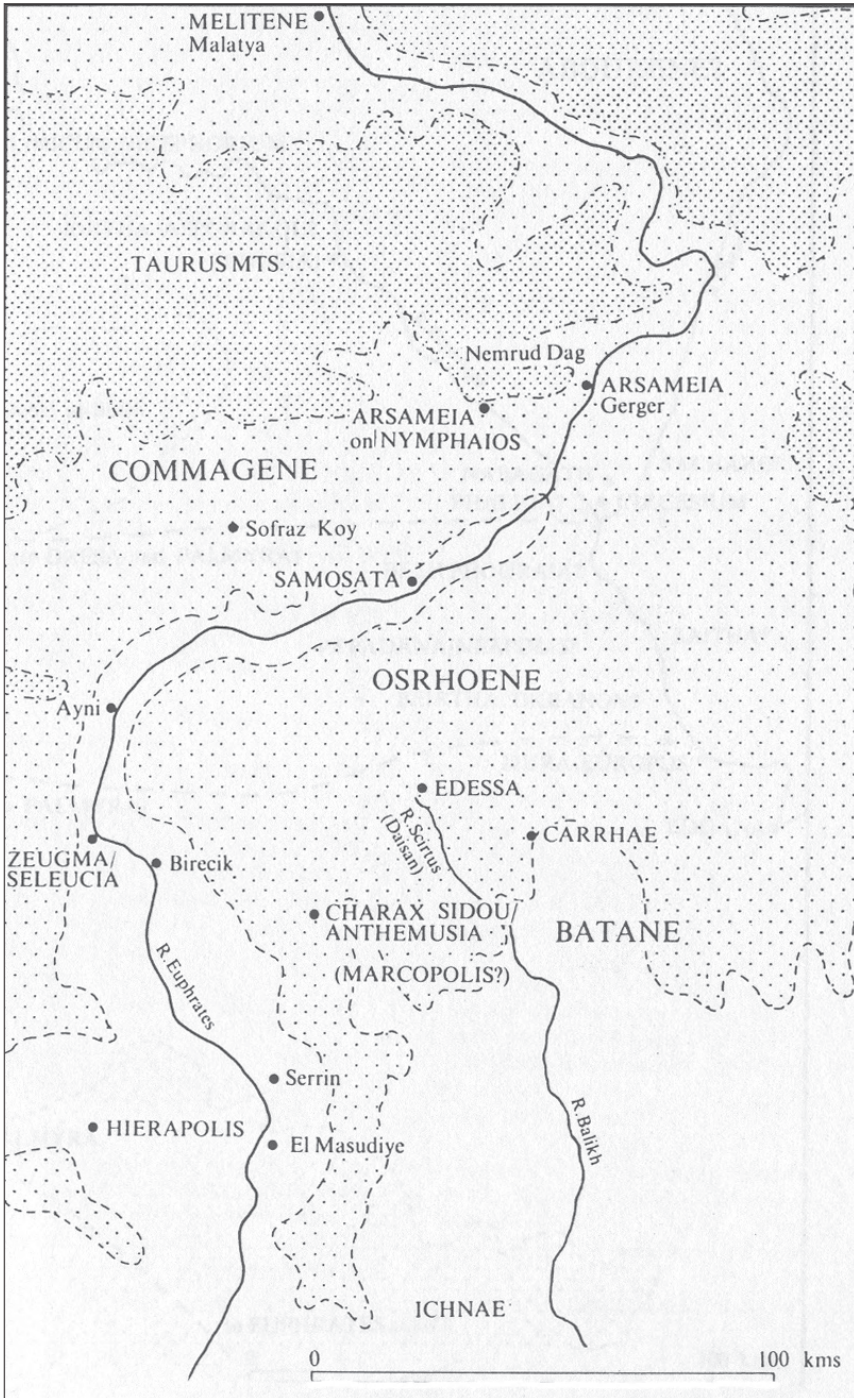


FIGURA 11. La frontera del Éufrates (Millar, 1993)

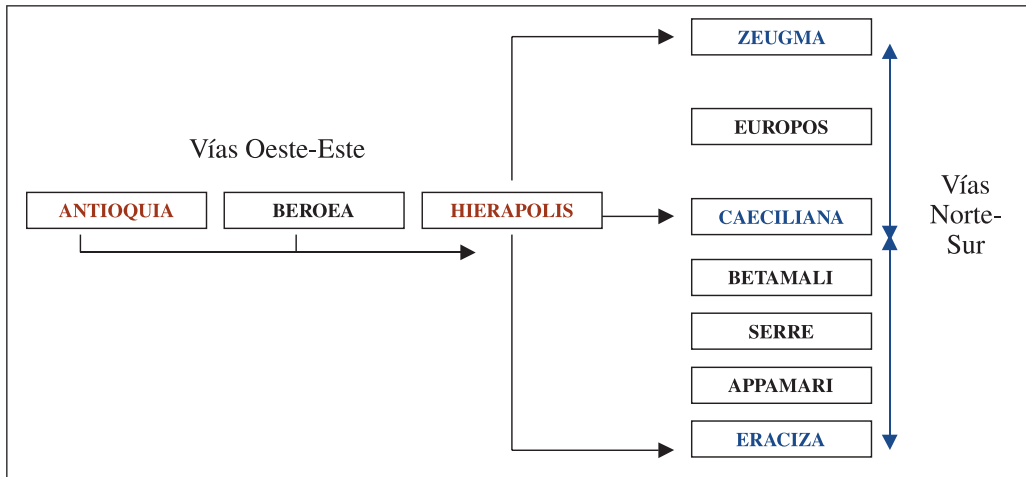


FIGURA 12. Organigrama sobre vías romanas en la región siguiendo las indicaciones de la Tabula Peutingeriana

No obstante, era imposible emplear grandes barcos debido a los cambios estacionales del río, ya que sus condiciones hidrológicas fluctuaban de manera brusca y peligrosa²¹⁶. Lo normal es que el ejército romano encargado de escoltar estas embarcaciones descendiera por sendas orillas.

La imposibilidad de efectuar viajes río arriba, obligó al uso cotidiano y consolidación de las vías ribereñas que hemos descrito anteriormente²¹⁷.

216 DABROWA, E., *op. cit.*, 1997, p. 109.

217 *Cf. supra*, apartados 7.2.1. y 7.2.2.